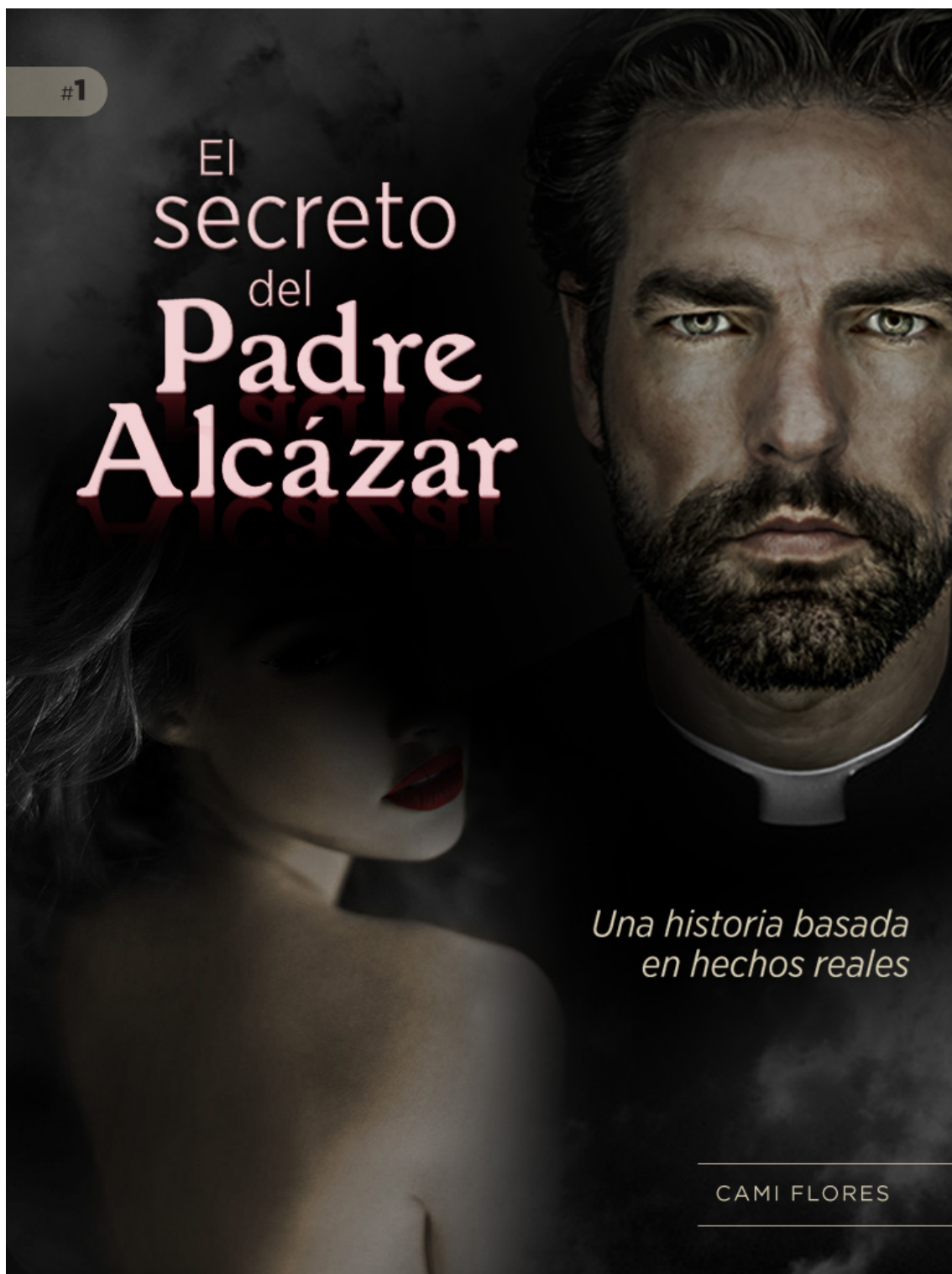


El secreto del Padre Alcázar

JR Soto



Capítulo 1

"Todos somos una luna y tenemos un lado oscuro que nunca le mostramos a nadie".

— Mark Twain

"Dios es el alma de la existencia, el núcleo invisible más recóndito. Lo interior baila con lo exterior. Lo sublime baila con lo blasfemo. Lo sagrado baila con lo profano y el pecador con el santo"

—Osho

Portada por: Florencia Falcioni ([behance.net/florenciafalcioni](https://www.behance.net/florenciafalcioni))

Prefacio de la Autora:

Algunos me han criticado por este libro. No me importa lo que piensen de mí. Todo lo que cuento aquí es cierto.

Solamente cambié los nombres de algunas personas, lugares y fechas para que nadie sepa de quién estoy hablando.

Ellos saben quiénes son.

Algunos detalles quizá se me hayan olvidado, porque en ese momento tenía diecinueve años.

Aun así, creo que mi historia merece ser contada.

Para mí, es una historia de amor.

Camila Flores Suárez

Lo conocí en una orgía en el club de swingers "Miami Velvet" la noche de Halloween. Yo había viajado desde Bradenton, como a cuatro horas de distancia para venir a la gran fiesta de disfraces "Inferno" que empezaba a la media noche. Estaba un poco nerviosa porque iba a participar en mi primer intercambio de parejas.

Había aceptado ir con Yuniesky, un cubano con los brazos de veinte pulgadas pero el pito de cinco, al que había conocido solamente dos semanas atrás. Era buena gente pero medio bobo. Solo le interesaba bailar Reggaetón y las peleas de la UFC. Me insistió tanto en que viniera

que finalmente tuve que acceder, aunque yo hacía rato estaba loca por ir.

Esta vez, la fiesta la habían hecho en grande, y hacía honor a su nombre: "Inferno". En el salón principal habían construido una plataforma de fibra de vidrio que sostenía una colchoneta gigante. Casi todo el mundo estaba disfrazado, así que no era raro encontrarse a un pirata follándose a un zombi o dos enfermeras lamiéndole las bolas al bicho ese del Freddy Krueger. Había varios hombres travestidos, teniendo sexo con mujeres y uno que se parecía a Ron Jeremy, el actor porno. Creo que era él, porque tenía una cola de gordas esperando turno y gente tirándole fotos.

El olor a sexo y a K-Y Jelly impregnaba las paredes y qué decir de los gemidos. Si cerraba los ojos, podía imaginarme en la sala de cuidados intensivos de un hospital. La única diferencia sería que para algunos pacientes el tratamiento quirúrgico resultaba delicioso. Nada más abrir la puerta, te inundaba una marejada de gritos de placer, de acentos, de quejidos enervantes. Esa electricidad me incendiaba los poros haciéndome sentir eufórica.

En las paredes, unas pantallas gigantes mostraban en close-up lo que pasaba en los diferentes cuartos. Pensé que cumplían dos funciones: Ponerte cachondo, y además te informaban con quién se estaba revolcando tu pareja para cuando te fueras a ir, supieras dónde encontrarle.

Falos y caras, nalgas y hombros, todos enzarzados con plumas de corsario, y shortcitos de policía, aquella masa como de lombrices, se retorció creando un caos unánime, con la fuerza de un enorme experimento científico. Como la rueda del Dharma, aquel caleidoscopio pornográfico, ejemplificaba las infinitas manifestaciones sexuales de la naturaleza.

Él estaba allí, vestido solo con unas medias negras hasta las rodillas, follándose por detrás a una brasileña de dos metros de alto, al mismo tiempo que otro; un negro fornido le embocaba a la chica una gigantesca polla brillante, medio floja.

Debo decir que cuando vi a aquel europeo, con cuerpo de Dios griego bajo las luces de neón, esos ojos verdes preciosos y esa barbita bien cuidada me pareció bello. Tenía el aire de un Don Quijote moderno, un cuerpo delgado y joven para sus treinta y pico, y unas nalgas perfectas que se tensaban rítmicamente cada dos o tres segundos. A mí nunca me habían gustado los hombres mayores y el tipo más viejo con el que había salido era precisamente Yuniesky que en aquel entonces tenía como veinticuatro.

Pero había algo en ese hombre que me encandiló, y no solo fue su cuerpo. En su mirada, en sus movimientos había una seguridad, que me

relajó de inmediato. Tenía un no sé qué, que me daba paz, y hacía que en aquel desenfreno, se viera relajado, sereno y hasta limpio, como si nada pudiera tocarle. Era como si su alma flotara por encima de todo.

La brasileña tenía un tatuaje de un sol amarillo y rojo exactamente en el ano. Los rayos eran los pliegues y me pregunté cómo había hecho el artista para dibujarlo. Debía ser un virtuoso, pues dependiendo de su respiración los rayos solares se expandían y retraían, asoleándole las nalgas o escondiéndose. Lo cierto es que aquella mujer era fuerte porque entre los dos se la estaban prensando como a un acordeón. Pensé que terminaría la noche con una hernia cervical, de tanto que se retorció, la pobre.

Yo ya había visto este tipo de prácticas en las películas que dejó mi hermano, pero acababa de cumplir diecinueve y en vivo esta singadera se me hacía mucho más divertida. De vez en cuando algo me sobrecogía y entonces me subía un calambre calentito por la columna vertebral.

Recuerdo que cuando le sacó la polla a la brasileña, aquello me provocó un sobresalto, y lancé un gritito que hizo que Yuniesky me regañara:

— ¡Oe, oe...bajito, que no estás sola! — gritó.

Probablemente se molestó porque me soltó la mano y se fue, pero a mí no me importó nada. El ojiverde tenía la pinga más grande y hermosa que jamás hubiera visto. Realmente era un miembro bendecido. Nada de venas, lícita y rozagante como un animalito recién nacido.

La chica de Ipanema por supuesto se quejó del desmonte articulando ruidos guturales ininteligibles porque aún tenía la boca llena y el negro se negaba a sacarla. Pero el ojiverde ya no estaba interesado en ella, caminó lentamente hacia mí, y me puso el dorso de la mano en la cara. Al principio tanto aplomo, y sus seis pies y pico me intimidaron pero traté de ser valiente. Miré alrededor y observé que Yuniesky se había dejado seducir por una rubia tetona. Siempre le ha gustado eso. A mí las mujeres con las tetas plásticas me dan grima. Me parece que llevan su inseguridad colgada al cuello. Además yo no podía competir con ella, porque mi cuerpo siempre ha sido pequeño hacia arriba y ancho hacia abajo, como una guitarra.

Esa noche me había disfrazado de Caperucita Roja. Tenía puesto un corsé rojo, una falda de vuelos, mallas negras y unas botas altas que con mis cinco-diez, me hacían casi de su tamaño y ahora esta escultura de hombre me estaba acariciando con aquellas manos suaves, y sus ojos verdes me devoraban.

Entonces gentilmente me hizo arrodillarme frente a él. De pronto me encontré allí, frente a todo el mundo, y había olvidado totalmente dónde

estaba y sin pudor ninguno se la empecé a mamar. Detrás de mí, una mano desconocida empezó a tocarme las nalgas, pero tan absorta estaba chupándosela al ojiverde, que casi ni me percaté de que otro joven me había metido la cara debajo y me estaba rompiendo las mallas en la parte del coño. No recuerdo que hubiera pedido permiso, que era la regla del club, pero yo no estaba dispuesta a quitarle mi atención a la pollaza del ojiverde que se agachó presto, y me dijo con un acento español:

—¡Pégate con ella en la cara!

Lo hice febril, y pareció encantarle, pues me empezó a decir cochinadas que casi no escuchaba, tanta era la algarabía de la gente.

—¡Me encantan las zorritas morenas, cachondas y sucias como tú! ¿De dónde saliste? ¡Eres un regalo de Dios!—.

Aquel acento español me hacía mojar más el coño, que a su vez estaba siendo lengüeteado por aquel otro chico tan amable. El mundo empezó a desaparecer. Yo estaba en un capullo protector, sola en el universo, y ya no oía a nadie, ni sentía las rodillas en la colchoneta. Mi atención estaba completamente enfocada en el próximo movimiento de mis labios. Así lamí y relamí con la cara embadurnada, y mirándole a los ojos por no sé cuánto tiempo, hasta que me corrí sobre la cara del otro.

Pero él nada.

No avaló mis esfuerzos corriéndose en mi boca, así que empecé a cuestionarme. ¿Sería que no lo estaba haciendo bien? ¿Por qué no se acababa de venir...? De golpe me la sacó de la boca. Se bajó de la plataforma, se dirigió al ropero de los hombres y se empezó a vestir. Por supuesto no me podía quedar así, por lo que corrí hasta donde estaba.

—Pero... ¿A dónde vas? —dije un poco cabrona—.

De pronto me parecía una tremenda desfachatez que se fuera así, sin despedirse.

—Pues, tengo que trabajar —contestó—. Se veía cansado, seguro llevaba horas allí.

—¿En qué trabajas... si se puede saber?—. Mi voz se sentía apresurada, ansiosa.

Jamás me había arrodillado ante un hombre tan rápido. Jamás había

estado más despreocupada del mundo. Jamás me había sentido tan viva.

Él solamente se sonrió, se dio la vuelta y sacó los zapatos del ropero. Su disfraz era negro, como de funerario.

—Mi nombre es Camila. —Dije de sopetón, extendiéndole la mano.

Me la estrechó.

—Bonito nombre, pero aquí no se supone que me lo digas. ¿No leíste las reglas del club? —Dijo con ojos burlones.

Se había colgado del hombro una mochila de cuero y estaba cerrando el armario. No sabía qué hacer para detenerle. Así que eché mano a mis mejores armas y mostrándole mi trasero perfecto y bronceado, voltee la cabeza, cómicamente. Había olvidado el tremendo hueco húmedo que tenía en la malla, e imagino que mi estrategia no haya surtido tanto efecto.

—Si quieres te doy mi teléfono. ¿Estás seguro de que no quieres verme de nuevo?—.

Sonrió como el que mira a un niño haciendo una monería, y se dio la vuelta. Caminaba rápido y seguro, así que lo perseguí hasta la puerta. Salió.

—¡Regresa pronto! ¡Estaré esperándote!—.

Grité cerquita de la puerta, casi saliendo a la calle medio encuerada, pero una montaña de músculos oscura trató de empujarme hacia adentro. Era el portero.

—¡Miss, no puede salir así! ¡Nos clausuran el local!—.

No me importó. Aquel hombre me mataba. Sentía que había una conexión especial con él. Una sensación de déjà vu, como si lo conociera de mucho antes. Como si él fuera un regalo que algo mucho más grande y poderoso que yo, me hubiera mandado.

—¡Mi nombre es Camila! —Grité desesperada, con la cabeza completa afuera de la puerta.

Pero él nunca volteó.

Capítulo 2

Estoy acostumbrada a las grandes congregaciones, porque mi madre es Testigo de Jehová y todos los domingos asistíamos al Salón del Reino.

Los testigos en el sur de Florida no son muy diferentes que los Talibanes en Afganistán. No les gusta que los hermanos de la fe oigan música, bailen, ni siquiera vean televisión. Todo es malo y en contra de los preceptos de Jehová. Además todo fútil porque el fin está cerca.

A mí me habían expulsado varias veces de la congregación por posesión demoníaca. Una, fue cuando a los dieciséis, quise trabajar en "Hooters" igual que mis amiguitas del colegio. Los shortcitos anaranjados no le gustaron para nada a mi papá quién me dio tremenda paliza "porque a Jehová no le gusta eso" y me dejó encerrada dos semanas en mi cuarto.

Gracias a Jehová seis meses después, el cáncer se lo llevó. Mi madre por supuesto siempre me ha culpado. "Es producto de todos los disgustos que le diste" decía. Pero yo sé que no. El cáncer es el cáncer y jode a cualquiera aunque sea muy feliz.

Además, el muy imbécil se había dejado embaucar por los ancianos de la congregación que le habían hecho donar su taller mecánico al cuerpo gobernante, bajo el cuento de que el Armagedón llegaría en cuestión de semanas. Le juraron que la congregación se encargaría de nosotros cuando él muriera, pero todo era mentira. Once meses después de que murió derrumbaron el taller para hacer otro Salón del Reino y demolieron nuestro apartamento, que quedaba en los altos para hacer el estacionamiento. Entonces tuvimos que mudarnos a un campo de tráileres en Whitfield.

Mi madre también usaba el Armagedón para que yo no fuera a la escuela, y la ayudara a limpiar casas. "Al fin y al cabo si nos portamos bien y hacemos lo que dice la Biblia, pronto llegaremos al reino de los cielos y allí nadie necesita saber geografía ni matemáticas". A mí por supuesto me cuadraba aquello y faltaba por meses a la secundaria hasta que el "Departamento de Children's and Family" nos tocaba a la puerta y entonces tenía que regresar.

En cuanto terminé el décimo grado dejé la escuela y me metí a trabajar como mesera del "Seminole Hard Rock Hotel", en el condado de Broward, donde podía conocer mundanos que acababan de ganar dinero jugando en el casino y querían especular.

Allí conocí a Gustavo, un mariconcito buena gente, que era valet parking del hotel. Tenía los ojos saltones, la cabeza grande, y una actitud de abuelito, pero era muy cómico y muy fumador de marihuana. Como yo

trabajaba los fines de semana y el hotel estaba lejos de casa, me quedaba en el apartamento de Gustavo y así me libraba de tener que ir a predicar con mi madre los domingos.

Trabajé allí por casi dos años, hasta que me acusaron de acostarme con un cliente a cambio de regalos, pero nunca pudieron probarme nada.

Capítulo 3

Ya para diciembre había roto con el cretino de Yuniesky, y Gustavo me invitó a su apartamento a celebrar la Navidad.

Él era guatemalteco y su familia muy católica. Los testigos no celebramos la Navidad, pero mi madre no se enteraría, así que comimos puerco asado, bailamos pegado, fumamos marihuana, me regaló unos pendientes y tomamos ponche de frutas en cantidades industriales.

Cuando estábamos en el más alto nivel de la nota, Gustavo me invitó a la Misa de Gallo. Yo odiaba todo lo que me recordara la religión, y le dije que se fuera al carajo, pero tanto insistió y estábamos tan borrachos que me pareció que con él, aquello iba a ser divertido.

Cuando llegamos todo el mundo estaba muy emperifollado porque era una de las iglesias más viejas y prestigiosas del pueblo.

Allí estaban representadas todas las formas de idiotas religiosos. Primero, las señoras esas a las que la muerte les aterra pero no pueden dejar de hablar de ella. Siempre "conocen un caso" de alguien a quién le sucedió algo horrible e inusitado que a más nadie en el universo le ha pasado ni le pasará. Todas, con esos peinados en forma de bomba atómica detonada. Las bombas decoradas con colores amarillos, rojos y azules, que seguro fueron el último grito de la moda dos siglos atrás. A su lado por supuesto sus maridos con sus preciosas corbatas de muñecos de nieve, calvos, viejos de ideas pueblerinas, fijas como eso de: "Estados Unidos es el mejor país del mundo". Trabados en su tiempo allá, rotos, sin posibilidad de cambio. Por supuesto los habían traído sus hijos. Hombres de familia conservadores, republicanos. Los que todos los domingos podan la hierba del patio como chimpancés entrenados y follan con la camiseta puesta y el pantalón por los tobillos. De esos que andan con el cabello aplastado hacia el lado como presentadores del noticiero, con el estuche del celular colgando de un abismo de barrigas embutidas a la fuerza dentro del pantalón. También habían asistido los primos de los hijos, alejados del seno familiar, viviendo en West Palm Beach, tratando de aliviarse con la religión, asistiendo a misa los domingos y despertando los lunes en la cama con Gustavo. A su vez esos primos conocían a varios desahuciados, seres andróginos, asexuados, a los que nadie mira ni trata, por tanto al único ser al que pueden apelar por una pizca de atención es a Dios.

Todos allí, adeptos, una gran cofradía de ilusos, chapoteando en esa babaza colectiva, todos besándole el culo a Jesús y echándose flores, aunque por la espalda se pegaran los cuernos y hablaran horrores uno del otro al llegar a casa. Zombis todos. Robóticos. Adictos a la gran paja de la

salvación.

Yo, por supuesto inmediatamente me hice el centro de atención, al subir la escalera vestida con mi minifalda de tul rojo, mis Converse All-Star altos, y las tetas bien apretujadas dentro de un corsé negro. A Gustavo nadie lo miraba porque esa noche se había disfrazado con una chaqueta de lino, azul Prusia, comprada en una tienda de hombres.

Cuando tocaron las campanas, terminé de fumar mi cigarrillo, entramos y nos sentamos en el último banco para poder tomar vodka y burlarnos de todo el mundo. Entonces el coro cantó un himno muy solemne y yo me encontraba en medio de una carcajada horizontal por alguna pendejada que había dicho Gustavo cuando el sacerdote tomó el podio y dijo:

—El señor esté con vosotros...—.

Creo que fue el acento español el que me hizo mirar y el mundo se me vino encima.

¡Era él!

Era el ojiverde de la orgía de Halloween y lo que vestía ese día no era un disfraz de funerario.

El muy cabrón era cura.

Capítulo 4

La misa duró mucho tiempo y el padre Santiago Alcázar, como se llamaba el ojiverde, entonó salmos, rezó y luego en la homilía, habló muy exaltado sobre el mundo en que vivimos y sobre cómo debemos perdonarnos a nosotros mismos y a los demás.

Yo ya no disfrutaba tanto mi borrachera. Para mí era imperdonable lo que me había hecho.

—¿Tú sabes lo que es dejársela mamar y luego ser cura? —. No recuerdo si lo pensé o lo dije en voz alta, pero Gustavo me miró extrañado.

La voz del Padre Alcázar retumbaba por los altoparlantes.

—...Señor aquí estamos tus hijos, pecadores, implorándote que nos ayudes a amarnos el uno al otro, como tú nos amas—.

No sé por qué, pero aquella voz me regresaba de mis lapsos mentales y hacía que se me erizaran los vellos de la espalda...

—...Tú nos enseñas cada día que tu amor va más allá de nuestras acciones, más allá de nuestras necesidades, más allá de lo material...

Mis rodillas se movían incontrolablemente. Aquel tipo me creaba una ansiedad erótica. Su química me excitaba y me daban unas ganas insoportables de saltarle al cuello...

—...Gracias por aceptar nuestros errores. Por perdonar nuestros pecados, por aceptar todas y cada una de nuestras debilidades...

Se me ponían los pezones duros, y sentía una catarata que se me abría entre las piernas....

—Protégenos de la hipocresía, de la violencia. ¡Tú eres nuestro creador! ¡Todos somos tus hijos!

Ahí fue que me vino a la mente "Pégate con ella en la cara", y cuando me estiré por el calambre que me subió por dentro, se me viró el termo donde teníamos el vodka...

—...Solo tú sabes nuestra verdad y nos aceptas tal cual somos, sin mentiras y sin miedos.

Ahora tenía el chocho empapado de vodka con jugo de naranja porque no

me había puesto ropa interior...

—... ¡Te amamos Dios santo, y contamos contigo para que nos perdones y nos ayudes siempre!

Tenía que secarme pero cuando lo estaba haciendo me entró un ardorcito rico, que solo el dedo me podía curar... Y con cuidado de que nadie se fuera a dar cuenta...

—... ¡Danos tu espíritu señor, para que nos volvamos un solo corazón, una sola alma, en tu nombre!

Y yo con la mano completita bajo la mini, enajenada restregándome el clítoris, como una demente...

—Amén. —dijo.

Y yo grité a todo pulmón:

—¡Amén!

El eco retumbó mientras yo me venía allí sentada en aquel banco de atrás. Ahí fue que el coro empezó a cantar y cuando me desvanecí y se me abrieron las piernas y la gente del banco de adelante se volteó, Gustavo raudo como nunca, me tapó con su chaqueta.

Capítulo 5

A las ocho de la mañana ya yo estaba allí. Gustavo me había prestado su Volkswagen. Esta vez vestía una blusa de encaje blanca, un blazer de Forever 21 y unos jeans de salir. Por supuesto me persigné al entrar, ya que el catolicismo había empezado a gustarme.

El padre Alcázar era amado por sus feligreses sobre todo por las ancianas, que trataban de comprarle la sonrisa con regalitos y besuquearle en la primera oportunidad que tuvieran.

Para despistar, me arrodillé por unos minutos por la repisa donde la gente ponía sus velas a los santos. Luego de un rato lo vi hablando con una señora que caminaba con un andador. Se dio la vuelta y lo vi entrar a un confesionario antiguo hecho de madera. Entonces me levanté y bordeando a la vieja del andador, que trataba de imponerse a paso de tortuga me metí en el otro lado. Dentro, me acerqué a la rejilla. Olía al perfume de la última antigüedad que se había confesado. Me persigné y empecé a decir lo que Gustavo me había copiado en un papelito.

—En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, Amén. Mi última confesión fue...

No pude terminar.

Sentí un tremendo cargo de conciencia. Estaba a punto de debutar con mi personaje favorito. El que hacía con mis padres; Cami, la santica, que siempre decía lo que los dos imbéciles querían oír y después se reía de ellos y hacía lo que le daba la gana. No podía mentirle a él o aquella mierda comenzaría de nuevo.

Entonces dije:

—Mira, yo nunca me he confesado ante nadie.

La voz al otro lado vaciló. Probablemente estaba esperando que la interlocutora fuera la anciana a la que yo le había volado el turno sin clemencia. Pero dijo: —No importa hija mía. Querer regresar a Dios, es suficiente.

—Pues, no sé por dónde empezar. Se supone que diga lo peor ¿no?

—Hagamos algo —dijo. —Expresa lo que sienta tu corazón. No tengas miedo.

—Pues, qué sé yo... — me agarré la trenza.

—Tengo novios desde los once años, he tenido varios y con todos me acosté sin casarme.

Del otro lado me amparaba un silencio acogedor.

—Algunos me han dado propinas y regalos también, pero yo jamás se los he pedido. Porque tú sabes, yo no soy puta.

No me recriminaron así que seguí adelante.

—...He tomado algunas drogas, Éxtasis, Molly, Spice...Tú sabes...Coca y otras...más fuertes.

Si le hacía un torniquete más a la trenza iba a perder el cuero cabelludo. Mejor soltarlo de golpe que quedarme con aquello por dentro.

—En Halloween fui a una orgía en el "Miami Velvet" y conocí a un hombre que me encantó y no he podido dejar de pensar en él. Es mi alma gemela y quiero estar con él el resto de mi vida. —Algo en mí se había desatado, y no había manera de meterlo de vuelta en su cajón. Yo estaba cumpliendo un sueño. Y no de ahora, sino de toda la vida.

—Ese hombre es usted, padre.

Pasaron unos segundos y sentí que la puerta del otro lado chirrió y unos pasos llegaron a la mía. El entró a mi lado del confesionario. Estaba muy serio y me miraba con la curiosidad con la que un niño mira a un insecto extraño.

—¿Qué crees que estás haciendo? Esta es la casa de Dios. —Me increpó.

—Pues, me estoy confesando. No quiero que tengamos secretos.

Respondí, sintiendo por dentro una responsabilidad de mujer, incluso de alguien que pudiera ser la futura madre de sus hijos.

—Será mejor que te vayas o llamaré a la policía—dijo cortante.

Me sentí como una mocosa a la que agarran robando. El pecho se me hundió y los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Cómo podía hacerme esto? Después de lo que yo había hecho por él y delante de todo el mundo. De pronto me vino a la cabeza todo ese dolor de la niñez, y todas esas veces que mi padre me había maltratado, y no pude controlarme.

Me puse furiosa y grité:

—¡Pues llámalos! ¡Les voy a decir todo lo que me hiciste!

El eco tronó por las paredes. Me abrazó y me metió de un empujón en el confesionario tapándome la boca con la mano. Sentía su cuerpo pegado al mío, y su respiración en mi frente. Tenía el ceño fruncido y miraba hacia afuera, preocupado.

—¿Estás loca? —susurró. —¡Soy un sacerdote católico!

—¡No me importa! —respondí con sus dedos apretándome la boca.

Afuera se escuchaba el murmullo de las viejas conversando.

—Necesito que te calmes y me escuches. Eres una chica hermosa, pero esto es imposible.

—¿Por qué? —balbuceé.

—Porque soy el guía espiritual de esta parroquia. ¡Le he entregado mi vida a Dios! ¡No puedes venir aquí, así... A hacer esto!

—¡Pero yo quiero estar contigo!

Rompí a llorar, me daba mucho miedo esa frialdad ridícula. Él sabía bien con quién estaba hablando. ¿Cómo no se iba a acordar de mí? ¡Si habíamos conectado totalmente!

—Además, no nos conocemos. —Siguió.

—Tú deberías buscar un chico de tu edad, que te guste y salir con él.

— A mí me gustas tú. —Berreé.

Traté de besarle pero movía sus mejillas hacia los lados y era demasiado fuerte para zafarme de sus manos.

—Escucha... Esto vamos a hacer. —trataba de calmarme.

—Yo voy a salir primero. Tú vas a contar hasta diez y vas a abrir la puerta. Te vas a ir, y luego si quieres podemos ser amigos.

Entonces eché mano a mi última carta.

—Necesito un trabajo aquí y si no me lo das voy a decirle a todo el mundo

lo que haces. ¡Qué vas a orgías y todo!

Esto pareció enfurecerle y me apretó contra él.

—¿Pero qué te crees tú, zorra de mierda? ¿A quién crees que van a creer, a un cura o a una puta yonki?

Esto me dolió aún más y empecé a gemir y a echar moco. Pero su agarre había perdido fuerza. Con tantos escándalos de pedofilia por parte de la iglesia católica en televisión, sabía que si yo hablaba él lo perdía todo. Yo solo necesitaba que se acordara de mí. Necesitaba que se acordara de mí como yo me acordaba de él; con la misma entrega total y devastadora.

Aproveché su debilidad, di un tirón y zafé una de mis manos. Le empecé a tocar la espalda y las nalgas desaforadamente, y traté de arrodillarme de nuevo, desesperada. Me sostuvo lo más que pudo, pero al final algo lo venció.

Me levantó y con una expresión animal me viró de espaldas, me puso la mano en la frente y me metió la mano en el coño por dentro de los jeans, mientras por la espalda me susurraba al oído: —¡Joder, es que me pones a mil!

Su dedo me frotaba el clítoris y se me metía adentro y yo estaba empapada y le pegaba las nalgas cuando de pronto sentimos a alguien tocando en la puerta del confesionario. Era la momia del andador.

Me soltó y estaba empalmado.

—Si vienes este viernes, veré qué trabajo puedo ofrecerte, ¿Ok?

—¡Júramelo! —casi grité.

—Te lo juro. —me miró derrotado. Hizo una pausa y cerró los ojos.

—Por favor, no le digas a nadie...nada de esto. Por favor.

—Se peinó con la mano y salió con una sonrisa.

—Doña Gertrudis, adelante...

Yo conté hasta diez, me arreglé la ropa, e hice lo que me había dicho mi hombre. Porque eso era Santiago Alcázar. Mi hombre.

Capítulo 6

El viernes yo estaba allí, súper fina con una falda negra entallada y mi blusa blanca de hilo con bolsillitos y mangas largas. Santiago me recibió muy cortés pero un poco frío, y me presentó a sus ayudantes en la oficina de la Iglesia. Eran una señora de unos setenta años y un jovencito gordo con pantalones elásticos y cara de subnormal.

—Ellos son los encargados de la administración y coordinación. La señora Milagros y Juan te mostrarán cómo funciona todo aquí.

Los dos me saludaron, pero noté una expresión pícara en los ojos de la anciana, como si se estuviera burlando de mí. Era una de estas viejas que se creen que se las saben todas, porque han sufrido más que un rollo de catre. De esas que pretenden eternizar el moho que tienen en la chocha, acostándose toda la vida con el mismo viejo rancio, porque las intimida lo que va a pensar el fantasma de su abuela. Tenía puesto un vestido de flores y en el lado del corazón uno de esos broches pasadores en forma de mariposa. Aquello era como de hojalata. La cosa más chea que he visto en mi vida. Finalmente, cuando Santiago se fue, la vieja me llevó aparte y me dijo:

—Oye, ¿Tú estás segura de que quieres ser asistente del Padre? Porque por aquí han pasado varias como tú, y ninguna se ha quedado.

Aquello me cayó como un cubo de agua helada, pero me contuve de mandarla a singar. Al fin y al cabo estábamos en la casa de Dios y no quería que nada entorpeciese mi relación con Santiago.

—Te lo digo porque tú eres una niña que podrías ser mi nieta. — Persistía el fósil.

—Él no está bien. Dios lo ampare. Aquí tuvimos que restringir hasta el acceso a la computadora. ¿Tú sabes por qué, no es verdad?—

Asentí con la cabeza. Ni tonta que fuera. Todos los hombres miran porno. ¿Y cuál era el problema? Si eso era precisamente lo que me gustaba de ellos, que tuvieran un cableado diferente y fueran así, visuales y enfermos. Si no, ¿Cómo me iban a desordenar?

Aparte, a mí también me gustaba ver gente follando. Uno aprendía cosas nuevas, y se divertía. Era como pasar unos momentos y conectar con gente a la que jamás conocerías, sin tener el compromiso de irte a vivir con ellos, conocer a sus familias y hacerles comida todas las noches.

—Y ni te pienses que tú lo vas a cambiar. ¡Él es así! Ustedes las jovencitas

son muy inocentes... — Insistía la arpía.

Ya me estaba retorciendo los ovarios así que la tuve que parar en seco.

—Señora, no se preocupe. Yo sé lo que hago. ¡Usted no se preocupe! Que usted no es mi madre ni nada de eso.

La vieja me miró con una mezcla de lástima y hostilidad. Siguió arreglando sus papeles y con una mueca en su cara de pergamino egipcio, rezongó:

—Hay gente que para despertar tiene que chocar con la pared.

Capítulo 7

No lo vi en toda la semana. Los quehaceres y el Quickbooks me mantenían muy ocupada. Creo que me estaba evitando, porque no pasaba para nada por la oficina. Así que una tarde lluviosa en la que Milagros llamó enferma, me robé la llave del apartamento de Santiago y caminé hasta el edificio donde vivía.

Era un edificio blanco de solo dos apartamentos justo detrás de la Iglesia. El apartamento de abajo estaba desocupado y las ventanas forradas con madera de contrachapado. Subí las escaleras y entré a su apartamento, que ocupaba la parte de arriba completa. Era muy austero. Tenía una sala con unos muebles horribles cubiertos de plástico. Olía a humedad, y el aire acondicionado estaba apagado o roto. Había una cocinita con una hornilla de gas portátil y muchas verduras echadas a perder en un refrigerador pequeño. El cuarto quedaba al final del pasillo y la luz estaba encendida.

Entré en su cuarto.

Había solo una cama a la izquierda cubierta con una sobrecama color vino. Un poco detrás, a la derecha había un librero pegado a la ventana y a la izquierda una mesa de trabajo. Al final de la mesa estaba el closet.

Me senté en su cama. Olí las sábanas y las fundas. No sé por qué pero su olor me resultaba muy familiar. Era como si conociera ese olor desde otra vida. Como si ahora fuera el sueño de algo ya vivido.

En el librero tenía muchos libros religiosos y algunos de Raymond Chandler, Vargas Llosa y Hemingway. Su mesa de trabajo estaba perfectamente recogida. Abrí sus gavetas y en una de abajo, encontré una docena de frascos de pastillas, sin abrir.

Seguí indagando y me metí en su closet. Tenía poca ropa, solamente cinco pantalones oscuros y varias camisas de colores sólidos. En la parte de arriba del closet había una maleta vieja. La abrí y encontré varias fotos de él abrazado a varias mujeres y sonriendo junto a familias de la parroquia. También había una pistola de la marca Walther. La saqué de su estuche, le apunté a la ventana y entonces escuché la puerta.

Aguanté la respiración hasta que entró al cuarto. Se llevó un pequeño susto pero no dijo nada. Esta vez llevaba unos espejuelos graduados, de patas negras. No parecía molesto, más bien lucía cansado.

Me pidió la pistola y las llaves. Devolvió el arma a su estuche, la maleta al armario y se metió las llaves al bolsillo. Jaló una silla y se sentó entre el escritorio y la cama mirándome con los brazos cruzados sobre las piernas.

—Camila, Camila... ¿Qué me hago yo ahora contigo?

Estuvimos mirándonos por unos minutos.

Su mirada se fue suavizando y le nació una pequeña mueca en la comisura de los labios. No movía un dedo y yo no sabía qué hacer.

Me había imaginado este momento de mil maneras distintas. Abriendo las piernas poco a poco y masturbándome frente a él, como una chica sucia para que me disciplinara. O agarrándole la mano y chupándole dedo por dedo y terminar comiéndole la polla como si fuera un dedo más. Pero aquellas fantasías se me hacían inadecuadas ahora. Su proximidad me ponía muy nerviosa y no se me ocurría cómo romper el hielo. Tanto que había soñado despierta que hasta las cosas se me caían de las manos pensando en templar con él.

—¿Quieres un porro? - Preguntó.

¡Claro que quería! A ver si se me abrían las entendederas, pero no me imaginaba que los curas también fumaran.

Yo fumaba bastante. De hecho yo y mis amigas nos habíamos enrollado varios petardos precisamente con páginas de la biblia, cuando no teníamos dinero para comprar Phillies. El papel de biblia es transparente y quema parejito, además de que puedes instruirte con la palabra mientras chupas humo. De vez en cuando leías algo elevado, y el hecho de que se fuera quemando poco a poco lo hacía más mítico aún. Al principio se me hacía un poco satánico pero luego pensaba en la cara que hubieran puesto mis padres y me reía cantidad.

Él se levantó, llegó al librero y como en un acto de magia sacó un churro de adentro de uno de los libros. Lo prendió y me lo pasó, dándole una buena calada. Yo también le pegué una buena chupada antes de toser como una tonta, cosa que le causó mucha gracia. Entonces, se levantó y me tomó de la mano.

—Ven conmigo. — Dijo.

Capítulo 8

Sentía que el mundo se me derrumbaba. ¿Me estaba echando de la habitación o íbamos a algún lugar? "Haz algo rápido". Me gritaba la voz en mi cabeza, pero ya estábamos saliendo del apartamento y bajando las escaleras y empecé con mi maldita costumbre de flagelarme.

Caminamos en silencio hacia la iglesia.

Los árboles habían empezado a sentirse más grandes, como si fueran mis abuelos, como si bajo de ellos uno estuviera protegido. Por allá una luna llena, amarilla y roja de la que hace salir a los locos. Todo pesaba ahora el doble, tomaba una connotación sagrada.

Metió la llave en la cerradura. Entramos y prendió las luces del santuario, el olor a madera vieja y humedad me recordó el primer Salón del Reino; al que mi madre me arrastraba pataleando cuando chiquita. Se sentó en uno de los bancos de adelante mientras yo me quedaba parada allí, sin saber qué hacer.

—Cuando yo tenía veintidós estudiaba ingeniería en la Complutense, tenía buenas calificaciones, mi chica, mis padres juntos, pero sentía que algo no andaba bien. Había algo roto dentro de mí y en todo. Sentía mi muerte y la de este mundo, descarnado, caótico, tan cruel y tan hipócrita como yo.
— Resopló y tembló como en un escalofrío.

—Tenía ataques de pánico. Hacia cualquier cosa para acallar aquel silencio. Ponía música, cualquier cosa... para que ese silencio...

Se viró y me miró fijo. Sentí que desnudaba su alma.

—Me sentía solo. Desamparado. Sentía que me ahogaba en esa soledad.

Bajó la cabeza, quebrantada. Se retorció las manos. Ahora quien se confesaba era él y yo me sentía muy incómoda. El prajo me estaba creando una paranoia y un decaimiento horrible.

—Por eso dejé la carrera y me largué ocho años al seminario. Quería hacer lo que fuera para que ese silencio y esa puta soledad no me persiguieran más. Para sentir que hay algo más alto...

Se estrujó las manos y concluyó.

—Pero pasaron los años y un día me di cuenta de que no me hice cura para servir a Dios. Lo hice por miedo.

Yo lo veía mucho mayor que antes, mustio como un viejo, un viejo triste, que me estaba entristeciendo a mí.

—Y aún tengo miedo. Miedo. Pero ahora le doy gracias a Dios por permitirme ver ese miedo que tengo a...

Tenía los ojos perdidos.

—... Yo que sé... ¡A no poder ser! ... Esa es mi cruz.

Me asaltó la duda de si estaba loco y también hablaba solo cuando no había nadie. ¿Por qué se cuestionaba de esa manera? Un hombre ya grande. Me entraron ganas de llorar.

—Sin la ayuda del Espíritu Santo no podría ver el miedo, y no se puede cambiar algo que no se ve. ¿Entiendes?

Yo no solo no lo entendía, sino que estaba muy cortada, y empezando a sentir vergüenza. Una gran vergüenza ajena.

—A veces, el simple hecho de aceptarlo, de dejar que entre la luz, hace que las cosas se te perdonen. ¿Tú no crees, Camila? ¿Tú no crees que algo superior a veces nos perdona?

Lo último, me lo preguntó en forma de súplica, como rogando y se quedó mirándome por un buen rato.

Lentamente caí en la cuenta de que no era una pregunta retórica. De veras me estaba preguntando.

—Y yo que sé... — Respondí.

Me estaba empezando un mareo como de migraña. Me entraron ganas de irme. Por fin se sonrió, como dándose por vencido. Creo que le agradó mi respuesta o fue la forma en que lo dije. Me tomó de la mano, me subió al púlpito y me hizo pararme frente a una inexistente audiencia.

—¿Te los imaginas ahí sentados, escuchándome? Esta es mi función, Camila. Mi teatro. Mi pago.

—¿Qué? — pregunté, confundida.

—Por un rato yo les hago olvidar ese miedo.

No había entendido nada. Me había perdido en las lagunas que creaba mi imaginación, pero aun así, me gustaba la idea de que se hubiera abierto conmigo. ¡Como si yo fuera alguien suficientemente importante y pudiera

ayudarlo! Pero me daba pena que...

Me sorprendí cuando sentí sus manos moviéndose en mis caderas y de pronto caí en cuenta.

Capítulo 9

¡Me quería singar dentro de la iglesia!

No podía ser. Me iba bien que fuera bellaco y eso, pero hacerlo dentro de una iglesia era sacrilegio. Por una centésima de segundo me vino a la mente la imagen del diablo disfrazado de serpiente. De pronto sentí su aliento en el cuello y los vellos de mis brazos comenzaron a levantarse, mientras él lentamente se frotaba contra mi espalda.

Gálatas seis uno, que le encantaba a mi madre, decía: "Restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado". Traté de virarme, quería besarle en la boca, jalarlo romántica por la mano y llevármelo a su cama, o a un motel, al fin y al cabo Jehová no creó el mundo para el sufrimiento, pero no me dejaba. Me sostenía agarrada por las caderas, y ahora sentía su polla dura, durísima, raspándome; casi levantándome la falda entallada y negra que me había puesto por primera vez y mi piel de gallina. "¿Lo que no es Dios puede convertirse en Dios?" el pensamiento absurdo me vino a la mente, mientras él me mordía el lóbulo de la oreja, resollaba, y no me dejaba virarme.

—Te voy a follar hasta que me digas no más, ¿Ok? — Me bajó la cremallera rápido haciendo que la falda se deslizara por mis piernas.

Sin terminar me empezó a abrir la blusa y me clavó el ajustador en las tetas, causándome una incomodidad horrible, pero al mismo tiempo me mordía el cuello hasta que los ojos se me cerraban.

— Te vas a querer correr, pero quiero que aguantes lo más que puedas. ¡O te daré una buena zurra!

Susurró mientras me metía la lengua en la oreja, extraviado de la sincera fidelidad a Cristo, para colmo empezó a pellizcarme los pezones, el muy puerco se babeaba los dedos y me los mojaba, y me rompió los botones de la blusa que me había costado carísima, y yo: "Ay que me excito aquí mismo, una zurra que rico" y miraba los bancos y me los imaginaba repletos de gente mirándome seria y rezando, la gente aplaudiendo, otros ofendidos, los muy envidiosos.

Entonces me quitó los pantis lentamente y me hizo subir a la mesa del altar y no pude evitar girar a verlo, y ya no era él, tenía la camisa y las pupilas abiertas, y el cabello revuelto como un pirado del manicomio, afectado por la luna. El pecho y los brazos ahora se le notaban fibrosos, los músculos tensos, como un animal, una fiera lista para saltarme al cuello, vistamos las Armas de la Luz, andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias

y me dio un escalofrío su expresión pero no me atreví a decir nada porque se me olvidó en medio de un gemido cuando me pellizcaba el pezón izquierdo y me abría el coño.

Me empujó la cara a la mesa y me pegó la cabeza al mantel, para que me pusiera en cuatro patas sobre el altar y allí en cuatro patas con el coño abierto de par en par, mi cuerpo seguro se veía demasiado blanco bajo el candelabro de techo, y soñé que yo era una ofrenda, un sacrificio, el cordero divino y que una fiera estaba a punto de saltarme encima y quizá podía escaparme y tocar en la puerta de enfrente, y gritar el padre me quiere violar, y mi hermano preso vendría a ayudarme, pero él estaba allí detrás de mí, esclavos de concupiscencias y deleites diversos mirándome abierta, mostrándole todo, indefensa, había una corriente de aire, y sentía frío en el coño y las luces calientes arriba y aquello olía a madera vieja y a gente y a mi sexo sucio de trabajar todo el día. Entonces se lamió los dedos y abriéndome por detrás me metió un dedo, mientras decía con una voz que no era de él:

—Te has portado mal Camila. ¡Me has chantajeado, has entrado a mi cuarto sin permiso y has registrado mi closet!

Ese dedo me estaba hurgando el alma. Pernicioso, me la movía de lugar a lugar y mientras mi cuerpo se arqueaba, oía la voz de mi madre en mi cabeza, nunca permitas que la fornicación y la inmundicia se mencione ante ti, mi madre que jamás se había metido un dedo tan rico, un dedo que entraba y salía, abriéndome el coño, y el frío del aire acondicionado y los escalofríos y las piernas que me temblaban pero esta vez no le hice caso y le miré de reojo y él tenía la polla en la mano, enhiesta, dura y se la estaba moviendo y del pellejo le salía una cabeza morada como de jicotea que latía y que ahora me parecía aún más enorme que la primera vez. Entonces me soltó una nalgada que me hizo gemir, y casi me vengo ahí mismo, muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, pero me viró la cara hacia adelante de nuevo, el muy tosco.

— ¡Te dije que no me mires, perra! — Y antes de que pudiera respirar sentí un segundo dedo largo que se me clavaba en el coño, y entraba y salía a su antojo.

No podía. Iba a venirme en cualquier momento, porque esos dos dedos crueles me abrían, me hinchaban, me hacían vibrar las paredes, lacerantes, primorosos, pero él me había prohibido correrme y me daba miedo su furia qué rico y mi madre allí mirándome "¿Camila, como nos haces esto? Mira que tu padre está muerto". Santiago gritaba ahora con voz poseída: —¡Has tomado drogas, Camila, eres una yonki, una putita muy sucia, y como tu instructor religioso, no te lo puedo permitir!

Me espantó otra nalgada, que me estremeció y casi me tumba de la mesa. Y entonces llegaba como por la gracia de Dios un tercer dedo que me

estiraba el coño más aún, atorándose, entrando y saliendo como un serrucho salvaje, vertiginosamente, y yo "Que esta vez sí me vengo, de que me vengo me vengo", y creo que hasta un poquito se me salió pero apreté los labios lo más que pude para no venirme, y sentí que me caía un líquido por las nalgas, un líquido caliente que me bajaba en una cascada por el ano y me rebosaba el bollo y empezó a mojar de rojo carmín el mantel blanco, y me pregunté - "¿Pero y esto qué cosa es?" Y tuve que mirar. Era vino rojo y él lo estaba vertiendo desde un cáliz, y sorbiéndolo y succionándolo de mi coño abierto, y me encajaba la lengua hasta adentro, embarrándose la cara, y la barba que me pinchaba y mi padre mirándome con esos shorts no vas a ningún lado porque pareces una puta y el vino tinto y la lengua caliente que me atacaba el clítoris y me lo aprisionaba entre los labios, y me lo rebosaba como una chupeta de niña y mi toto henchido y rojo que no podía crecer más y casi explotaba de placer y la gloria y el poder estén con ustedes hermanos hasta que me corrí como una zorra sobre el mantel carmín, desahuciada, frotándome con su lengua, mientras escuchaba en mi confusión, una voz rabiosa que me decía:

— ¿Por qué lo has hecho? — ¡Te dije que no te podías correr como una puta, y ahora te voy a dar tu merecido!

Y mientras yo aún me estaba viniendo, me frotaba con la palma de la mano el chocho y Jehová es el único Salvador, mis gemidos, el eco, los buenos resucitarán y los malos desaparecen y entonces el diablo se encaramaba como un mono sobre la mesa y me hundía aquella enorme polla morada latiendo en lo más profundo del coño por los siglos de los siglos, hasta que las piernas se me doblaban y solo me mantenía sujeta halándome la trenza como a una yegua salvaje y mis nalgas chocaban contra su pinga y no volvisteis al redil la descarriada, ni buscasteis la perdida sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia metiéndola más y más rápido y más y más profundo sin misericordia mientras yo gritaba y gritaba y en aquella iglesia el eco resbalaba por las paredes e inundaba las banquetas, y ahogaba las caras de mis padres y las de las viejas putas sentadas sobre sus enaguas con sus escapularios y el sonido de la carne sucia follando y ya no habrá muerte ni habrá más llanto ni clamor ni dolor y yo entraba en el reino de Los Cielos siendo empalada por un ángel lindo un ángel con una polla deliciosa y dura, inclemente, un Satanás caído y triste que me cabalgaba entonando un dulce Aleluya, y me singaba para toda la eternidad hasta que al fin grité:

— ¡Dios, no más! ¡Ya por Dios!

Capítulo 10

—El Pramipexol y el Naltrexone están bien. Pero el Tranlylcypromine me lo dieron de quinientos y yo lo necesito de mil. ¡Por favor me llama al Manager ahora mismo!

Uno de los nombres de las pastillas me sonó familiar. Milagros estaba alterada hablando por teléfono, supuse que con la farmacia. Me dejé caer en la butaca de la esquina. Estaba hecha talco después de aquella noche. Me dolía la partes de atrás de los muslos y tenía inflamación pélvica.

Santiago me había prohibido quedarme a dormir con él porque tenía una reunión importante, y me había tenido que ir con mi peda manejando hasta el apartamento de Gustavo; para luego pasarme hablando y tomando con él hasta las cuatro de la mañana. Mi amigo pensaba que yo era una loca, y me había regañado mucho por no cuidarme, so pena de agarrar algo, como le había pasado a él.

Milagros terminó su conversación y puso uno de los frascos sobre la mesa y entonces me di cuenta. Eran las pastillas que había visto en el secreter de Santiago y me empecé a preocupar. En su gaveta los frascos estaban sin abrir. ¿Qué pasaba si no era de mil miligramos? ¿Y si las que tenía en su casa no eran de mil, entonces, no se las estaba tomando?

En fin, que todo se me olvidó o no le presté mucha atención porque tuve que sacar la basura, limpiar los muebles, organizar un closet y luego acompañar a Juan a una lavandería de monedas. Cuando salíamos, vi a un cura calvo, de sotana y espejuelos, bajando las escaleras del apartamento de Santiago. Debía ser con el que Santiago había tenido la reunión. Le pregunté a Juan quién era.

—Es Monseñor Arias. Siempre viene a conversar con el Padre Alcázar. Es como su tutor.

Seguimos andando, nos montamos en el auto y manejamos hasta la lavandería. Cuando llegamos, Juan entró y yo me quedé fumando afuera, mirando la lluvia caer. Me sentía plena y relajada, y observé cómo la sensación de bienestar de pronto crecía en mi pecho como cuando era niña y yo y mi hermano íbamos a la feria. Sentí uno de esos escalofríos deliciosos que te auguran cosas buenas por venir. El mundo esbozaba nueva frescura. Mi vida había tomado un dulce olor a jazmín.

El pobre Juan con su eterna pachorra, andaba más dormido que de costumbre, hablándole de Dios a la gorda Jamaiquina, dueña del lugar. Los gordos cuando se juntan son aún más lentos. Luego de un rato, decidí echarle una mano con la ropa en la lavadora y vacié la bolsa en el suelo. Si no lo hacía, no terminaríamos nunca. Lo tiré todo en el piso,

había togas, camisas y pantalones y en el fondo el mantel del altar. Me avergoncé y traté de esconderlo pero un segundo después razoné. Juan no tenía forma de saber nada. Entonces pretendí no prestarle mucha atención. Juan me ayudó a recoger la ropa que se había caído, pero cuando vio la mancha hizo un gesto de fastidio:

—Válgame Dios, de nuevo con el vino...

Lo había dicho sin malicia, pero yo que soy un lince, lo capté de una vez. No era la primera vez que este gordo imbécil tenía que lavar el mantel. Traté de no decir nada pero nunca he podido aguantar los encojonamientos. Me ciego y empiezo a ver las cosas como a través de un túnel. Rugí:

—¿Juan, al padre se le ha botado el vino anteriormente?

Me miró asombrado y dijo: —Sí. Varias veces... ¿Por qué?

Entonces el frío que me había subido por el espinazo se me fue expandiendo hasta el pecho y ya no escuché otra cosa que el rugido de mi sangre corriendo por las venas, y el rechinar de mis dientes. Como un bofetón me vinieron a la mente las palabras de Milagros. Y yo de comemierda sintiéndome tan especial.

¡Lo había hecho con todas el hijo de puta!

Las había encaramado a todas en su puto altar, y se las había follado a todas igual que a mí.

Capítulo 11

Trabajé el resto del día con un volcán enquistado en el pecho. Milagros no osó preguntar nada. A las cinco agarré mi cartera para largarme de allí para siempre. Era lo más inteligente. Empecé a caminar hacia la estación del bus cuando escuché algo que se me pareció al graznido de un cuervo. Era Milagros llamándome. Me invitó a sentarme en uno de los banquitos de mármol del jardín. Yo me quedé parada donde estaba. Esta vez trató de empezar más suave.

—Hija, ¿Tú estás segura de lo que estás haciendo?

Traté de parecer sorprendida, aunque la actuación nunca ha sido mi fuerte.

—No sé de qué me habla, Milagros.

—¿Ah, no sabes? — Me miró de arriba a abajo como para restregarme su desconfianza por la cara.

—Casualmente, la llave del apartamento del Padre Alcázar que mantenemos para emergencias en la oficina, hoy apareció en otra tachuela, no en donde yo siempre la cuelgo.

Recordé haber dudado si era la tachuela roja o la verde. Finalmente había tenido que adivinar.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo? —Pregunté quizá un poco sobreactuada. Mis manos se fueron a mis caderas y empecé a sentir como mis orejas se ponían calientes.

—Supongo que nada. No te estoy acusando. — Miró hacia el otro lado, despreocupadamente.

— Bueno, entonces hasta mañana que se me va el bus — Me di la media vuelta pero no había caminado dos pasos cuando soltó.

—Quién quiera que haya sido, debería estar al tanto de las consecuencias que tiene acosar a un cura. Eso siempre termina en órdenes de alejamiento y obstaculiza la búsqueda de nuevos empleos...

Me regresé con mi cartera. Esta vieja alcahueta me estaba amenazando.

—Claro, eso solo pasaría si se enteraran en la Diócesis. Dios sabe que allí va mucha gente importante como el jefe de la policía del Condado de

Broward y la Fiscal General. Una americana muy bonita. Alta ella...

Quizá era mejor no esperar a que me acusara y romperle la cara aquí mismo. Ella no sabía quién era yo. Ella no sabía quién era mi hermano.

—Pero eso no va a pasar. Porque aquí no queremos hacerle daño a nadie. A veces sucede que la gente es joven, incauta y confunde las cosas. Por ejemplo confunden un capricho juvenil, una pasión... Con el amor. Eso se da mucho.

Quería arrastrarla por el estacionamiento. Me hablaba como si yo estuviera en Kindergarten y no me diera cuenta de su chantaje senil.

—Y lo peor es que no se dan cuenta de que están siendo utilizados... Por otros que aunque son gente buena... Están enfermos.

La última frase la dijo mirándome a los ojos fijamente. Yo tengo que haberla mirado con puro odio porque cambió la vista de lugar.

¿Qué pinga hablaba esta vieja decrepita? Primero atreverse a amenazarme de forma tan burda, y luego cuestionar mis sentimientos hacia Santiago. ¿Qué cojones sabía ella si yo amaba de verdad a Santiago aunque fuera un jodedor? Al fin y al cabo Santiago era un hombre, y a todos los hombres les gusta singar y pegar tarros. La única diferencia es que él era católico. Más nada. Además había llamado a Santiago "enfermo" y estaba hablando mierda. Pensé en las pastillas de nuevo y me preocupé pero no podía mencionarlas o me delataba.

—¿Y qué tipo de enfermedad es la que tiene, si se puede saber?

—Una enfermedad mental. Esas son las peores. Sobre todo cuando incluyen problemas de adicción. —Dijo fríamente.

¡Qué vieja más loca! Entre un adicto y Santiago, había un mar de diferencia. Nada más había que mirarle la piel y te dabas cuenta de que él estaba sanito. La cacatúa estaba hablando sandeces. Probablemente la que sí tenía Alzheimer y ataques de demencia senil era ella. De cualquier manera, con lo que yo había descubierto hoy de Santiago, probablemente no regresaría a trabajar aquí.

—¿Ya terminó? Porque se me va el bus.

Me giré rápidamente y a zancadas me alejé, dejándola con ganas de decir algo más. Caminé hacia la estación del bus que quedaba a tres calles de distancia. La cabina, que apenas me resguardaba del sol atroz de Florida, olía a orines, y una costra negra se había sedimentado bajo el único banco

donde me podía sentar.

Era la hora pico y cientos de autos me pasaban justo por delante.

Me puse a fisgonear quién iba dentro. Podría sacar la mano ahora mismo y escoger a cualquiera de esos tipos que manejaban y convertir a esa persona en un ser especial en mi vida. Lo pararía sin pena como hacen las putas. — ¿Hola, papi, quieres tomar algo? Quizá hasta nos casábamos, teníamos ocho hijos y una casa de cerquita blanca. Yo lo esperaría vestida como Martha Stewart, con una limonada en la puerta; y cuando los niños no estuvieran me pondría un liguero rojo bajo el delantal y follaríamos sobre la lavadora. ¿Pero, qué valor podía tener mi selección? Me entregué al enjambre de pensamientos.

En un mundo de siete billones de hijos de Dios que comen y cagan; todas almas celestiales, únicas e irremplazables ¿Podría existir alguien especial o divino que fuera mi media naranja? ¿O todo eso era autosugestión creada por la gente que quiere vender globos y ositos el catorce de febrero? Según mi madre, a lo más que una podía aspirar era a un tipo que no me pegara y quizás ni a eso. Un hombre ahí, tomando cerveza, eructando y tirándose pedos en el sofá. ¡Ese era mi padre, no la mentira esa que nos vendieron las películas de Hollywood!

Seguía pasando gente.

Una enfermera aburrida arreglándose el maquillaje en el retrovisor. Un viejo gordo y un jovencito con la cara llena de acné en un camión de recogida de escombros. Una pareja de negros en un Volvo, con su bebé durmiendo en el asiento de atrás. Cientos de miles de mortales, quizá hasta algunos buenos. Médicos, zapateros, santos, violadores. ¿Cómo podría Dios mantener el inventario de sus buenas intenciones, de sus maldades, de si eran maricones o habían tenido abortos?

¿Y si Dios existiera quien puede ser tan vanidoso y tan comepinga de creerse merecedor de su atención, mientras los negritos en África se mueren con la barriga llena de parásitos? ¿Son acaso inferiores esos negros a nosotros?

Pero lo peor es la petulancia de la gente que asume entender y poder interpretar los designios y la moralidad del Todopoderoso. Si Dios es lo más inteligente que existe, Rey y Señor de las galaxias... ¿Cómo podría alguien con el cerebro de hormiga que tenemos los seres humanos, entenderlo? Y menos aún poner en práctica sus supuestos preceptos morales.

Nunca existirá pureza mientras exista el ser humano.

Además, ¿Cómo alguna gente se siente que la suya es la interpretación correcta de un libro de metáforas, que fue escrito hace miles de años cuando el lenguaje y los símbolos eran otros? Un libro que habla de la paz y el amor al prójimo mientras en la inquisición los católicos les echaban plomo derretido en la boca a los herejes y hoy en día lo seguimos haciendo con misiles de larga distancia montados en Drones.

Buena mierda.

Si Dios existiera, mi historia con Santiago tendría un final feliz.

Capítulo 12

Regresé al otro día en el bus, porque Gustavo se había quedado a dormir con su novio.

Irónicamente, después de hablar con la vieja loca de Milagros me fui calmando poco a poco. La verdad necesitaba el trabajo y lo pasado ya era un hecho. Tenía que aceptarlo. Me había echado la noche llorando pero al final, encontraba bastantes razones para justificar su comportamiento. Al fin y al cabo él era mayor que yo y tenía su vida hecha y aún no me conocía. Quizá con tiempo y un poco de paciencia yo podía ir cambiando su forma de ser. Me sentía madura y pensaba que ya mi dolor estaba pasando, pero cuando iba a tocar la puerta de la oficina vi al hijo de puta bajando de su apartamento, vestido de civil. Un chorro de ácido me subió por dentro del pecho. Sentí ganas de caerle a patadas. Esto no se podía quedar así.

No me había visto. Caminaba absorto y volteó la esquina, así que le seguí, dejando al menos una cuadra de distancia como había visto que hacen los espías en las películas. Caminé tres cuadras y entró en un Burger King. Me pareció extraño. Eran las ocho de la mañana y me pareció raro que desayunara eso cuando en su refrigerador casi todo lo que había eran verduras. Decidí esperar a ver.

Esperé más o menos cinco minutos y luego mi intuición me dijo que fuera por la puerta de atrás. Circundé el Burger King y efectivamente había salido por la puerta trasera para despistar a quien lo siguiera, y ya me llevaba al menos una cuadra y media de distancia, así que tuve que correr. Luego dobló la esquina y cuando lo alcancé, me topé con el club de bailarinas exóticas, "Tootsie's".

Salió a la media hora acompañado de una jovencita quizá un poquito mayor que yo, que cargaba una bolsa de marca. A juzgar por su minifalda de cuero negro era una de las bailarinas. Se lo había montado bien, y probablemente se ganaba buen dinero extra, singándose a los clientes la mañana después de bailar. Por un segundo pensé en entrar allí a pedir trabajo. Quizá entonces él me desearía.

Los seguí de lejos para que no me vieran. Se separaron y cuando llegaron cerca del edificio, él la fue dejando atrás, y subió las escaleras. Ella se quedó merodeando, haciéndose la tonta, mirando hacia los lados y luego subió.

Juro que pensé en matarlos. Podía abrir la puerta con un gancho de pelo, y luego mientras templaban, entrar furtiva al closet y silenciosamente sacar la pistola de la maleta gris. Después esperaría a que él estuviera listo para correrse y justo un segundo antes le dispararía un tiro

exactamente entre los testículos. Habría una explosión de semen y sangre que mancharía todo el cuarto y cuando llegaran los paramédicos se encontrarían a la chica allí con la cara pintada de rosado por la mezcla entre la sangre y el espermatozoides, gritando histérica. Cuando llegaran a sus casas se lo contarían a sus esposas y se mandarían fotos los unos a los otros por teléfono utilizando el extenso catálogo de sus expresiones

—¡Oh my God bro! ¿Viste eso, bro? ¡Qué locura bro!

Otra opción no menos valiosa era volarle los sesos a ella antes de la inminente eyaculación de Santiago. De esa forma el colofón de su carrera pastoral, sería un ignominioso acto de necrofilia. Se correría dentro del cuerpo de una muerta. Por supuesto yo traería a todos los curas de la Diócesis y a los fotógrafos del Miami Herald, y les mostraría a Santiago en cueros con su enorme polla dentro de la occisa y gritaría:

—¡Miren, Miren al apóstata! ¡Díganle al Vaticano que trate de encubrir esto a ver si puede!

Me reiría hasta mearme y todo saldría en el noticiero de las seis y en el de las once.

Estos pensamientos me hacían feliz pero en un momento recaí. Los dos estaban metidos en el apartamento follando y yo afuera, soñando estupideces. Subí las escaleras y llegué a la puerta. Pegué la oreja pero no se oía nada. Seguramente el muy malparido le estaba haciendo a la chica lo mismo que me había hecho a mí. Sin pensar, toqué la puerta y luego corrí a esconderme. Quería cagarme en sus muertos pero al mismo tiempo me daba miedo enfrentarlo. No sé. Él tenía una personalidad como magnética. Además yo no había practicado qué decir.

Regresé dos minutos después cuando nadie me respondió. Seguro estaban singando allí, sobre la cama. Ella encima de él, colgándose de su enorme polla, al igual que hacía con el tubo de "Stripper" cada noche. En ese patio no hubo una piedra suficientemente grande o dura para romper esa puerta. Y miren que traté. Traté y grité hasta que los pulmones me dolían y mis babas corrían por la madera. Cuando ya tenía las uñas rotas y llenas de sangre y pensaba que él no iba a salir, la puerta se abrió.

Capítulo 13

Obviamente se había revolcado con ella, porque en su cuello había trazos de pintalabios y estaba descalzo. Sentí su aliento a alcohol.

Me miró sin odio. Con aquella mirada dulce y limpia que me había cautivado la primera vez. Traté de limpiarme la cara, pero ya era tarde. Tenía el maquillaje corrido y me sentía muy vulnerable.

—¡Si lo vas a hacer con otras, por lo menos quiero estar presente! —dije en voz alta.

Me miró sorprendido calculando la solidez de mis palabras. Yo siempre he sido irreductible. Desde chiquita. No sé por qué soy así. Cuando algo se me mete en la cabeza lo persigo hasta el fin del mundo.

—¿Estás segura? —dijo lentamente.

Cuando habló sentí el peso de lo que había dicho. Me dió miedo. Realmente no esperaba que abriera la puerta y había parlotado lo primero que me había venido a la mente. Había sido al azar.

—¿Y si te pones celosa o algo no te gusta, cómo sé que no me vas a delatar? —Sus ojos se convirtieron en dos cristales impenetrables.

—Pues, eso depende... — Me envalentoné, y traté de ensanchar el rango de mis posibilidades.

—¡Acúsame entonces! —dijo rápido y jaló la puerta para cerrarla.

—Espera... —me salió automáticamente.

No me esperaba esta reacción. ¿Qué había pasado? No había sido tan osado la primera vez que lo extorsioné dentro del confesionario. Volvió a abrir la puerta, y su actitud era muy firme, casi marcial.

—Camila, o entras o te quedas fuera. No voy a comprometer mi libertad por el capricho de nadie.

—Yo no... — Traté de defenderme pero me interrumpió.

—¿Tú lo harías? ¿Pondrías tu libertad en las manos de otro?

—No — Respondí.

Realmente no había entendido bien la pregunta porque aún trataba de adaptarme a este nuevo papel de negociadora. Además, ni remotamente

me había preguntado cosas así. Sus palabras tenían el peso de campanas de hierro.

—No tengo por qué hacerlo tampoco. Tú viniste por tu libre albedrío. ¿Yo te he obligado a hacer algo que tú no quieras hacer?

—No. — Ahora sentía que me estaba despojando de todas mis armas.

—Tú eres una chica grande, Camila. Ya deberías saber lo que quieres. ¿Entonces?...

Esperaba como hacen los vendedores. No hay peor presión que el silencio. Había cambiado las reglas del juego y tenía todas las cartas. Ahora entiendo su voz áspera y cauta al mismo tiempo. Pero en ese momento, no me di cuenta de que era un experto caminando en la cuerda floja del desapego. O entraba o me quedaba afuera.

Siendo como soy, por supuesto decidí entrar.

Capítulo 14

El pasillo hacia el cuarto se me hizo interminable. Intuía que había caído en una trampa pero aun así, la piel se me encrespaba por la anticipación.

La chica estaba sobre la cama con el pelo revuelto y el pintalabios corrido. La minifalda y su blusa descansaban encima del escritorio. Estaba en bragas y sostenes y cuando entré se tapó las piernas con la sobrecama. Era bonita, muy blanca, con la melena rojiza y unos ojos azules enormes. Era más flaca que yo y en la parte derecha del torso ostentaba un tatuaje precioso. Un tigre perseguía a una rosa.

—Camila this is Irina. — dijo Santiago.

Le saludé con un movimiento de la cabeza que sentí impostado, y ella no me lo devolvió. Sus enormes ojos de lechuza me calculaban fríamente.

Santiago cerró la puerta.

Yo sentía el brote de adrenalina que me hacía sudar las manos y la parte de adentro de los muslos. Tenía la boca reseca y me pasé la lengua por los labios. Sobre la mesa había un cubo de hielo con anillas y adentro una botella de vino ya abierta.

Los tres nos miramos.

Pasaron unos minutos y nadie movía un dedo, así que decidí tomar la delantera. Siempre he sido así. Perder contra esta piruja se me hacía patético. Bruscamente me acerqué a Santiago y traté de besarle. Quería que ella me viera y supiera que lo suyo era temporal, lo mío imperecedero. Pero medí mal el impulso y le pegué un cabezazo seco en la barbilla. Él dio un paso atrás y agarrándome de los hombros dijo:

—Perdona Camila, creí que lo tenías claro. Tú solo estás aquí para observar. Si me vuelves a tocar te vas a casa.

Apuntó a la única silla que había en el cuarto. Estaba hablando en serio. El corazón se me estrujó. ¿Por qué luego de haberme hecho el amor me cambiaba por esta puta de cuarta? Miré con odio a Irina y ella me observó con aquella mirada acuosa, tan fría que congelaba la sangre.

Creo que él notó que estaba rabiosa pues me apaciguó masajeándome la cara y dándome un empujoncito hasta que caí de nalgas en la silla. Entonces, se sentó en la cama y mirándome con los ojos pícaros, esbozó una sonrisa. Estaba gozando el muy cerdo.

Con la mano derecha destapó uno de los pies de Irina y comenzó a caminarle con dos dedos por la pierna, aun mirándome. Irina solamente lo observaba y uno de los tirantes del ajustador se desprendió lentamente de su hombro, dejando uno de sus senos al desnudo. El pezón era rosado clarito, no como los míos que eran color café y sentí envidia.

Afuera, un pájaro carpintero repiqueteaba sobre el techo.

Santiago trató de imitar el repicar con sus dedos, pero iba demasiado rápido y el pequeño hombrecito que formaban sus dedos, tropezó y cayó enredándose contra las bragas de Irina. Estaba jugando. Jugaba conmigo. La caída era una señal, porque Irina procedió a quitarse las bragas que se deslizaron piernas abajo, hasta que él las recogió. Me las tiró y me dieron en la cara. Me levanté asqueada y furiosa, lista para tirarles el cubo con la botella, para matarlos a los dos, para largarme, pero su mirada impasible me hizo tragarme mi orgullo y allí me senté de nuevo. No podía irme y dejarlo en manos de ella. No podía. No estaba en mí.

Riendo, se tumbó de espaldas. Le susurró algo a Irina al oído, y esta como un felino se irguió y comenzó a besarle el cuello. Al parecer tenía instrucciones precisas, porque despreocupadamente comenzó a pellizcarle el torso. Pellizcaba duro, creando pequeños hematomas bajo la piel. Pero él parecía gozar, porque aunque se quejaba no la detenía. Ella lo hizo por todo el pecho. Yo no podía quedarme tranquila y cambiaba de posición en la silla continuamente. Varias veces estuve a punto de gritarle "¡Para puerca, que le estás haciendo daño!" pero no quería que él se enfureciera. Luego le comió la boca. Le pasaba la lengua por los labios, lasciva y me miraba con aquella mirada acuosa, instintiva, tan fría como la luna.

Quería sacarla al aparcadero por las greñas y patearle la cara. Le gritaría: "¡Regresa Puta, a tu país de mierda!" - pero no lograba levantarme de aquella silla. Era como si estuviera clavada a ella. Quería ver lo próximo que le iba a hacer esa sucia a mi macho. Solo un segundo más, me quedaría, solo para ver el próximo mordisco, el próximo arañazo, para cagarme en su madre, el próximo era el que me iba a excitar y a enfurecer al mismo tiempo. El próximo. El próximo.

Irina se concentró un rato en mordisquear sus tetillas. Se las jalaba con los dientes dejando prendidos hilos de baba, que volvía a recoger en la próxima embestida. Santiago estaba enardecido pero no la tocaba. Solamente de vez en cuando hacía algún sonido exaltado. Yo seguía con los ojos el movimiento de su lengua, sin perder ningún detalle. Cuando terminó de chuparle las tetillas él las tenía moradas y yo estaba empapada. Sin darme cuenta me había empezado a acariciar mis propios senos, apretándolos entre mis codos. Pero cuando ella me miraba trataba

de disimular mi calentura.

Ahora Irina bajaba hasta su abdomen lamiendo los cuadritos de su estómago, lamiendo y huyendo, mordiendo, causando dulces aullidos. Él estaba super tieso, cosa que me causaba tremenda envidia porque ella lo había logrado muy rápido. Entonces la llamó y le susurró algo al oído. Debe haber sido algo gracioso porque ella me miró y soltó una sonora carcajada. Acto seguido gateó hacia delante y mirándome fijamente le sacó la polla a Santiago del pantalón. Inmediatamente aquella maravilla se arqueó hacia la izquierda. Yo jamás la había visto desde este ángulo, y sentí una oleada de electricidad que me invadió desde el pubis, causándome un cosquilleo delicioso, que como un resorte me hizo abrir las piernas.

Irina me miró, y sonrió. La agarró entonces con una mano y comenzó a menearla como un péndulo mientras me dirigía unas palabras en el idioma ese. Al parecer notaba mi angustia, y esto le parecía gracioso. De un golpe se la metió en la boca y con un respiro la engulló hasta lo más profundo de su garganta. La tuvo adentro por unos segundos y luego la sacó a la superficie. Tenía los ojos aguados por el esfuerzo. Me retaba. Quería demostrarme que ella era una maestra, y que yo era solamente una chiquilla.

—¿Do I share yet or not? —se rió, preguntándole a Santiago.

Esto me dio esperanzas porque sugería que en algún momento me dejaría compartirla con ella. Pero él respondió negativamente.

—Just play.

Capítulo 15

Entonces Irina procedió a darle la mamada más magistral que yo he visto en mi vida. Empezó suavemente al principio, dando lengüetazos tímidos por los costados del glande. Luego, la empapaba de saliva y se la volvía a tragar. Zigzagueaba como una culebra alrededor de la cabeza, la rebosaba y la embutía en los confines de su boca deformando su expresión, mientras con las dos manos la masturbaba salvajemente. Lo hacía con una pasión indómita y si bien yo había practicado bastante, ella era una virtuosa. A Santiago obviamente le gustaba porque le oía resollar cada vez que ella se la zampaba con un deseo suicida metiéndosela a la fuerza en los confines de la garganta.

Ya no me importaba su presencia, mis defensas se habían desmoronado y sin darme cuenta me había escurrido por la silla, para estar lo más cerca posible de la cama y de ellos. Además, mis dedos habían creado un surco húmedo en el medio de mi braga, y sospechaba que tenía los labios menores totalmente afuera porque la tanga era bastante pequeña.

Uno de mis senos se había salido de la blusa; no sé en qué momento, y el pezón apuntaba hacia el techo. Lo necesitaba, me estaba perturbando, así que me quité los tacones y sin que ella se diera cuenta, con la punta de un pie, comencé a tocar el de Santiago. Mi roce era una súplica, "Apiádate de mí, déjame participar, me portaré bien".

Al principio movió los pies fuera de mi radio de acción. Tuve que acercar más la silla a la cama y le volví a tocar. Me sentía mal. ¿Hasta cuándo iba a durar esta humillación? Pero en uno de los momentos en que Irina se retorció pude ver la mirada perdida de Santiago posarse en mí. Entonces levantó la pierna izquierda y mientras Irina seguía atareada, lo recostó al borde de la silla, precisamente entre mis piernas. Segundos después me había acercado el dedo gordo del pie al centro de la braga. Al principio no se movió, como explicándome sin palabras que iba a tener que hacerlo yo.

Gemí y apresuradamente decidí que "del lobo un pelo". Mis caderas se contonearon hacia adelante y ya no pude parar. Me frotaba la vulva con el dedo de la mejor forma posible. Subiendo lo sentía divino, pero bajando la uña dura, casi me desollaba. Aunque me encantaba el roce, después de un rato, mi cuerpo no se conformaba con eso. Irina no me estaba mirando, así que me saqué la braga de lugar, y con la ayuda de las dos manos procedí a meterme su dedo gordo en el bollo. No era muy funcional, porque los demás dedos entorpecían la entrada del dedo gordo, que aunque largo, necesitaba más alcance.

Era como follarse a un pigmeo, pero al menos era mejor que nada. Como su pierna no oponía resistencia decidí alternar entre introducirme el dedo

y usar los dedos pequeños como brocha sobre mi clítoris. Esto ya funcionaba mejor, y estaba empezando a gustarme. Los dedos pequeñitos me causaban mucha cosquilla. Había cerrado los ojos y dejado la cabeza caer hacia atrás. Aquello era diferente. El mero contacto de su piel, me encantaba. De pronto sentí la pierna dura, inamovible. Ya no podía manejarla a mi antojo. Abrí los ojos.

Irina se le había montado a horcajadas sobre la polla, de frente a mí y se la estaba metiendo con una sonrisa que mostraba la división entre sus incisivos frontales. Hacía sonidos extraños, mezclaba su idioma eslavo con el inglés, y sonaba ridícula. Ya mis pequeños demonios comenzaban a aparecer, "¿Por qué esta fulana sí y yo no? ¿Sería que no me había portado bien la noche anterior?" Mientras pensaba, la pierna había empezado a tomar una dirección sur que no me gustaba para nada. Trataba de subirla, pero estaba empecinada y empezó a tantear el lugar menos indicado. Me debatí, pero perdí las riendas cuando miré hacia Irina. Quedé extasiada.

Hasta ahora no había visto el pequeño coño de Irina. Era tan flaca que tenía el bollito muy estrecho y aquella monstruosidad de polla le abría el chocho como si fuera de plastilina, desfigurándolo completamente. Me imaginé a mí misma siendo empalada de esa manera, viéndome tan fea, tan sucia, tan ridícula como se veía ella, y me puse demasiado caliente. Urgida empecé a tocarme y ahora siendo penetrada por aquel dedo gordo, mi acceso al clítoris era mucho más fácil, estaba hirviendo y veía aquella polla desgarrando a Irina y a él sonriendo con los ojos idos, así que me corrí.

No sé si me habrá oído, y fue por eso que paró, pero empujó a Irina que cayó de rodillas en el otro lado de la cama. Se bajó de la cama y se arrodilló en la alfombra, empujó la silla, me agarró la cara y acurrucó mi cabeza en su pecho tiernamente. Sentí su aliento a vino. Bajó la cara y me besó. Me besó en la frente como un padre, en la cara, en la boca, y me sacó la blusa.

Lo mejor es que había dejado a la fulana abandonada. Yo aún sentía los estertores de mi orgasmo y me sentí por primera vez mimada. Por primera vez. Él me besaba vehemente, y me vino a la cabeza que en la iglesia jamás nos habíamos besado en la boca. Había sido todo mucho más animal. Pero me besaba ahora. Ahora su lengua entraba en mi boca y se contorsionaba, volteándose, batiéndose y luego escapando.

Estábamos los dos arrodillados yo aún con los pantis fuera de lugar, en falda y zapatos y el desnudo. Olía su sudor, las gotitas que le rodaban desde en el triángulo de la clavícula. Tomé un poco de control y le aguanté la cara y jugué con su lengua... Otro cuerpo me rozó. Había

agarrado a Irina por la coleta y la había jalado a gatas hacia mí.

—¿Has estado con una chica antes?— Tenía los ojos muy vidriosos y la respiración entrecortada. Me asusté un poco, porque me sonaba a propuesta.

—No — dije.

En realidad me había besado un par de veces, pero había sido bajo los efectos del alcohol y en alguna que otra discoteca. Pero nunca me había atrevido a ir hasta el final.

De pronto me empujó la boca contra la de Irina. Cuando sentí tocar sus labios a los míos, di un brinco y eché la cabeza violentamente hacia atrás. Me sentí asqueada, no tanto porque fuera una chica, sino porque me caía mal esta tipa que no tenía derecho a estar aquí.

—¡No quiero! ¡Te dije que no! — Me levanté.

—¡Tranquila, mujer! Tranquila —: Me apaciguó él, recogién dose. — Nadie te va a obligar. ¡Ya está! ¡No es no y se acabó!

Irina me miraba con sus ojos grandotes como calabazas, y lo miró a él asustada, como preguntándole algo con la mirada. Él hizo una seña de que se relajara.

Irina se subió sobre la cama y se apoyó contra la pared. Santiago me agarró la cara y me besó en la boca. Me chupaba los labios y yo estaba en el paraíso, conectada a él por algún cordón umbilical divino. Sus labios jugaban al escondite. Me mordía suavemente y reculaba dejándome deseando más. Poco a poco se me fue colocando detrás y me levantó la falda. Por debajo del vestido me hurgaba el toto. Me mordía el cuello. Finalmente empujó la tanga a un lado y me la metió. Se movía lento detrás de mí y yo sentía que me atravesaba el abdomen y me hacía partirme en dos. Esto iba más allá del puro placer, yo había entrado en un mundo familiar, que me recordaba algo de mi niñez. Era como entrar en un estado de balance, donde lo notaba todo más vivo, me sentía las extremidades, y el tiempo pasaba más lento, ya no pensaba, ya no existía. Me cabalgaba duro y su verga entraba hasta el punto donde el dolor y el placer se mezclan haciéndose insoportables. Me pellizcaba los pezones, me toqueteaba las tetas. Yo colisionaba con su pelvis, furiosamente. Ya no me importaba que Irina me mirara, nada. Solo me importaba sentir. Sentirlo todo. Sentir el universo al unísono en un solo momento. Sentir aquel rayo de luz que me partía en dos y me convertía en un aliento. En mi embriaguez, no me percaté de que ella se había movido hacia adelante siguiendo una señal de él. Ligera como una gata,

se sentó en el filo de la cama y abrió las piernas. Entonces Santiago me abrazó con la mano derecha aprisionándome los brazos y con la izquierda me agarró del cabello, sin salirse de mí, me empujó hacia delante y me acercó la cabeza peligrosamente al pubis de Irina.

—¡No, con ella no! — Me debatí y pataleé horrores. Me cagué en su descendencia. Pero no me sirvió de nada.

Él no me soltó hasta hundirme la cara en el sexo abierto de Irina, que ahora se reía a carcajadas. Aquel coño rubio sabía salado y olía fuerte a hembra.

—¡Saca la lengua! — Me instaba él, pero yo trataba de mantener la boca cerrada a toda costa aunque ya tenía los labios de su vagina restregándose la nariz.

Incluso pensé en morderla, pero su concha se desplazaba tan rápido por mi boca que no tenía donde afincar los dientes.

—Camila, ¡Saca la lengua! ¡Joder, no me hagas pegarte!

Sus embestidas se hicieron rápidas, y seguidas, hasta que no pude más y tuve que gemir. Mis labios se abrieron y el placer era tanto que no tenía control de mi cara. Entonces Irina se explayó a moverse y a restregar su clítoris con mi boca.

Me pasó eso que me había pasado varias veces de niña. Me veía a mí misma en el cuarto, follando, desde arriba, como si fuera otra persona colgada de la lámpara y allá abajo estaba yo. Pero no era yo. Ya yo no estaba en aquel cuerpo que se movía y gritaba solo.

Era un cuerpo vacío. Yo estaba afuera mirándolo todo diciendo "¿Cómo haces eso Cami, eso está mal, que va a decir tu mamá, y abuelita Clara y los Testigos?". Y en ese momento fui yo el testigo de mí misma, o más bien de ese cuerpo de hule que no era yo y que sacó la lengua y lamió el coño de Irina irrefrenable, empujando la cadera hacia atrás hasta que los tres nos vinimos.

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

—¿Te pasa algo?

Eran las diez de la mañana y Gustavo me miraba preocupado, mientras yo veía un re-run de "Caso Cerrado" acostada boca arriba sobre el sofá.

—¿Hoy tampoco vas a ir a trabajar?

Ya había faltado dos días y ni siquiera había llamado a Milagros para meterle un cuento.

—Estás muy rara... A vos te pasa algo. ¿Me vas a decir qué es? —Repitió.

No había manera de quitárselo de arriba. Te lo juro que a veces esos ojos saltones, y esa actitud pasivo-agresiva me recordaba a un asno, al que le das palos pero jamás da un paso atrás. Tenía una paciencia y una sangre fría como de reptil. Seguía parado frente a mí, presionándome en silencio.

—No te importa —Refunfuñé.

Quería estar putamente sola en el universo. Quería desaparecer, perderme, desaparecer. No salir ni en los espejos. Me miró como un abuelito. Solo era seis años mayor que yo, pero me trataba como un padre tolerante. Hacía cualquier cosa por mí y no sabía decirme que no.

—¿Es ese tipo con el que andas ahora, no? El de la iglesia. ¿Te pasó algo con él?

Estallé.

—¡Perdóname, pero no hay nada más chocante que un maricón con Sida tratando de ser compasivo! ¿Por qué no te vas a la puta mierda con tus preguntas?

Se quedó en una pieza. Creo que jamás me había visto de tan mal humor.

Entré como una tromba a la cocina y busqué varias bolsas de plástico debajo del fregadero. Luego caminé a zancadas al cuarto y empecé a meter mi ropa adentro. La furia no me dejaba coordinar y todo se me caía de las manos. Recogí lo más que pude, el resto lo buscaría después.

Gustavo se había quedado en la sala, se mantenía al margen, probablemente esperando que se me pasaba la perreta. Era la manera en que me miraba. Me recordaba a mi madre en su puto papel de víctima que

me llenaba los cojones. Mi madre con sus ojos de "te lo dije". Con sus pucheritos repugnantes, y su cara de mártir. Puro narcisismo de una perdedora con ínfulas de sacrificada.

—Si cambias de opinión y quieres hablar de eso me llamas, Cami. Tú sabes que yo soy tu amigo.- Dijo serenamente.

—¡No necesito tu puta caridad! ¿Oíste? — Le grité esparciendo gotas de saliva por toda la alfombra.

Se alejó hacia la puerta dolido y luego regresó como recordando algo y dijo desde el marco de la puerta.

—¿Y a dónde vas a ir? ¿Cómo vas a regresar a Bradenton? ¿En Bus? Son cuatro horas.

Realmente yo no tenía un plan concreto. En mi arranque solo había pensado en salir a la calle, pero regresar a vivir con mi madre en el tráiler era una propuesta aterradora. Eso era regresar al oscurantismo de esa pocilga atiborrada de gatos, y de Atalayas y de cerebros reblandecidos. Además tomar el bus implicaba sacar boleto, esperar en la terminal horas de horas, sudar todo el día como en una sauna.

Paré un par de segundos, y me miré las manos. Traté de escuchar mi respiración. ¿Qué carajo estaba haciendo? Gustavo no tenía culpa de nada y lo hecho ya estaba hecho. Ponerme histérica no lo iba a cambiar. Solo había una cosa que tenía que averiguar. Entonces dije lo más suavemente posible:

—¿Tú crees que me puedas prestar el auto de nuevo? Voy a ir a trabajar...

Era como mi abuelito. No podía decirme que no.

Capítulo 19

El jueves como al medio día, escuché a Milagros decirle a Juan que le llevara unas cartas a Santiago. Salí supuestamente a fumar, y le arrebaté las cartas al pobre gordo. Le advertí que si decía algo le rompería la cara. El muy cretino quedó en shock porque pensaba que ya éramos mejores amigos.

Imbécil.

Llegué al apartamento. Toqué a la puerta y alguien me miró por el visor. Santiago abrió. Estaba sin camisa y en unos boxers que aturdían, porque se le marcaban esos surcos deliciosos en la ingle; pero parecía no haber dormido en días. Tenía los ojos rojos, y unas ojeras como de mapache. Le di las cartas fríamente y le dije que teníamos que hablar así que me invitó a pasar.

Entré al cuarto y aquello estaba revuelto. Parecía haber explotado una bomba. Era como una de esas casas que los adictos usan para fumar Crack. Había botellas de cerveza y vino en el suelo, mota sobre la mesa y trazos de cocaína sobre un espejo. Quité una ropa de encima de una silla y me senté. Le miré firmemente a los ojos y le dije:

—He venido a darte un ultimátum.

Traté de articular lo más claro posible mis palabras, pero pareció no agarrarlo. Estaba bastante borracho y drogado. Se levantó violento. Tenía las pupilas del tamaño de dos aros de hula.

—Anda Camila... ¡Ultimátum! ¡No me jodas!

Me levanté de la silla y le advertí:

—¡Estoy hablando en serio!

Me agarró del brazo y me empujó hacia la puerta renegando:

—Anda... ¡Vamos! ¡A tu casa Camila, no estoy yo para niñas! ¡A tomar por culo!

Ahí fue que perdí los estribos. Yo no soy de planear mucho las cosas, pero cuando algo no me gusta se lo suelto a cualquiera en la cara. Y esto ya me estaba llenando los cojones. Ni mierda iba a yo a terminar como la pinche arrastrada de mi madre. Con toda la fuerza que de mis pulmones, le grité:

—¡Si no me aclaras ahora mismo si de verdad me quieres, o si solamente estás jugando conmigo, me largo y no me ves más nunca en tu vida!

Empezó a mascullar una mofa pero yo estaba hablando en serio.

—¡No me ves más! —Grité como una loca y le zampé una patada a la silla que rodó contra la mesita de noche tumbando la lámpara y causando un gran estruendo.

Eso lo agarró por sorpresa porque su expresión cambió de golpe. Pestañeó como si se hubiera despertado de pronto. No creo que se esperaba nada de esto.

—¡Me importa un carajo lo que seas! ¿Oíste? —Seguí.

—¡Me importa un carajo si te follas a otras, si no crees en Dios o si te metes perico! ¡Me da putamente igual! ¡Finalmente todos somos una sarta de hipócritas que decimos una cosa y hacemos otra! ¡Lo único que me importa es a quién tú llevas en el corazón!

Le empujé el dedo en el pecho con fuerza y se tambaleó. Me miraba contrariado y no sabía qué decir.

—¡Este jueguito no me lo aguanto más! ¡Me dices ahora mismo si sientes algo por mí o no me ves más nunca en tu puta vida!

Se hizo un silencio sepulcral y sentí un doloroso cambio de presión en los oídos. Él se sentó sobre la cama, desinflado. En este momento era una caricatura de sí mismo.

—Camila, tú eres muy niña, tú...no entiendes lo que es...

Agarré el pasillo corriendo. Estaba oscuro y choqué contra un cuadro de la virgen o algún santo que se cayó haciéndose mierda. Sentía el sabor de la sangre en la boca y mis brazos oscilaban por encima de mi cabeza.

Yo soy así. O todo o nada. No iba a vivir yo la vida así como una pendeja. Cuando ya estaba abriendo la puerta escuché un sonido ahogado. Me pregunté si podía ser. No podía ser. ¿O sí?

Lloraba.

Regresé lentamente tanteando la pared oscura. Tenía la cabeza entre las piernas y sollozaba tapándose la boca. Su cuerpo delgado se iba encorvando y se sacudía con fuerza. Ahora no sabía qué hacer. Me dió pena con él. Quería disculparme. Me pareció estar dentro de una pesadilla. Musitaba algo. La voz se le extinguía. Me acerqué y pegué mi

oído a su boca.

—No te vayas... no me dejes... —Susurró— Te quiero...

Ahí fue cuando di un grito tremendo y lo abracé. Lo sabía. Sabía que no estaba loca y que esa sensación que tenía adentro, esa punzada de intuición, me estaba diciendo la verdad. El cordón umbilical que nos unía no era fantasía. Era real. Nos conocíamos a través del tiempo. Le abracé con todo mi cuerpo. Seguía llorando y sus pulmones se movían a todo tren. Quería decirme algo más.

—Soy un enfermo Cami... —Susurró.

Traté de calmarlo.

—No te preocupes todo está bien.

Pero negaba con la cabeza, e insistía con esa manía de pensar siempre lo peor.

—No entiendes Camila. No puedo parar. Estoy muy fuera de control...

Me le encaramé en el torso y a la fuerza me dejé caer sobre su cuerpo, haciendo que me dejara entrar en el ovillo que era, hasta estar acostada sobre él, mientras apretaba su cara contra mi pecho. Luego lo besé en la boca, en los párpados, en la frente.

—Control. —Sonreí— Eso no existe, ¿Quién carajo tiene eso?

Nos quedamos así, yo sobre él en la cama, dándole besos en los ojos y revolviéndole el pelo.

Capítulo 20

Le limpié el apartamento y luego me marché a cumplir con mis responsabilidades. A las cinco de la tarde salí de la oficina y caminé hacia la estación del bus. Quería estar sola, y pensar en lo que había pasado.

El estrés de estos días me empezaba a pesar en los hombros y ahora desembocaba en una depresión que manchaba todo con un tinte gris. Irónicamente la confesión de Santiago me hacía sentir cierta paz, pero también me causaba aprehensión. Esto ya no era un juego y podía costarme caro. Este hombre era un cura, y no iba a dejar de serlo de la noche a la mañana. ¿Qué tipo de relación iba yo a tener con él?

Me acordé de mi madre sola en aquel tráiler desvencijado, predicando los domingos bajo la lluvia, con sus zapatos rotos, y su cara de amargura. Quizá debería regresar a ayudarla a limpiar casas y más adelante regresar al College a estudiar enfermería como mi amiga Sadi...

—Hola — Me sorprendió Santiago por detrás, asustándome.

—Hola... — dije un poco cortada.

Se veía rejuvenecido, como si se hubiera dado una ducha de esas que te borra las angustias de la piel. Andaba con una camiseta de líneas rojas, que dejaba marcar sus pectorales y unos pantalones cargos. Así tan desprolijo parecía hasta más joven. Se restregó las manos como un adolescente que no sabía qué decir.

—Camila, quería disculparme contigo. No debía haberte hecho eso...

—¿Qué?

—La situación con Irina.

Lo cierto es que al principio me había molestado que me obligara a tener sexo con Irina pero luego me había divertido. La piel de Irina era suave y poco a poco fuimos conectando. Incluso cuando él nos hizo arrodillarnos y mamar cada una por un lado su polla, como si fuéramos los dos panes de un hot dog. Yo por supuesto lo había tomado con espíritu competitivo, pero ella había empezado a hacer trucos, y había convertido la experiencia en una clase de artesanía sexual. Al final, cuando él quiso correrse sobre nosotras ella se había portado amable y había adelantado su cara para recibir el premio, cosa que yo agradecí porque me dan un poquito de asco los embarres. Después las dos lo habíamos cabalgado a él por turnos, disfrutándolo hasta corrernos varias veces cada una. Al final, todo había quedado entre amigas y nos habíamos despedido con el abrazo

agradecido del que pasa por una experiencia ardua pero remunerante.

—Está todo bien, no te preocupes. — Le dije.

Se apresuró. Se veía inseguro, vacilante.

—Quiero pedirte algo. ¿Crees que podamos intentarlo de nuevo tú y yo solos esta vez?

Sentí una aguja en el pecho. De inmediato me olía a fatalidad. Era esa vocecita que a veces uno no quiere escuchar, me estaba gritando: "¡No lo hagas!" Pero como siempre algo se interpuso y decidí ignorarla.

Él insistió:

—Solos tú y yo en una relación de pareja. Es lo que hace la gente normal...

—Tú no eres normal. — Me salió del alma.

—Pero quiero serlo por ti. Por nosotros.

Las manos se movían ahora en ángulos rectos como marcando un camino a seguir.

—Si un día quiero estar con otra persona, tú vas a estar allí. Te lo prometo. Te lo juro. Pero no te vayas Camila, no te vayas, por favor.

No podía ser real. Era como si hubiera sentido mis miedos a distancia. Como si los estuviéramos conectados por unos cables invisibles a una sola matriz. No podía ser casualidad. Me miró sereno y entornó los ojos. En ellos se reflejaba esa firmeza mezclada con ternura que hacía que me crecieran maripositas en el estómago. Di un paso hacia atrás pero se adelantó y me tocó la cara con el dorso de la mano. Hasta ahí llegaron mis dudas.

Capítulo 21

El sábado me recogió en su auto en la estación del bus y viajamos desde Sunrise como una hora por I-95 hacia Miami Beach.

Todo el tiempo fuimos escuchando música. A él le gustaba mucho un cantante llamado Zenet, que entonaba al estilo de Sinatra. A mí me gustaba más la música cubana, y le puse a un mulato llamado X Alfonso, que es muy ecléctico.

En Ocean Drive y la diez casi todo lo que hay son parejas de hombres porque ahí hay un bar gay llamado "Palace" donde diariamente hay show de Drag Queens. Era el lugar perfecto para que nadie lo reconociera.

Parecía disfrazado pues se había afeitado la barba, andaba con una camisa de hilo blanco, unos shorts verdes claritos, lentes oscuros y un sombrero de paja con una diminuta pluma roja. Yo por supuesto me había probado como diez trajes de baño en casa de Gustavo. Finalmente escogí la tanga más pequeña que encontré y un pareo brasileño que se amarraba detrás del cuello y me hacía ver las piernas más largas. Rentamos unas toallas frente al mar que era un plato. Yo tomaba el sol y él se acostó a leer bajo una sombrilla con los colores del arcoíris.

Era muy divertido, y me hacía reír con facilidad. No tenía prejuicios con los gays, ni era racista como toda mi familia. Además se portaba demasiado cariñoso y me leyó, el poema número veintiuno de Oliverio Girondo y se la pasó acariciándome y besándome las manos.

Pedí dos mojitos, y quizá por mi tamaño y mi pamea tan señorial no me pidieron identificación. Tomamos un rato, fumamos de un vaporizador que nos ofrecieron unos turistas alemanes, y luego nos metimos al agua. Traté de abrazarlo pero al principio no me dejaba. Le aterraba que nos vieran.

Ya un poco más alejados de la costa me zambullí y le pillé por debajo del agua, agarrándome a una de sus piernas. Me trepé a su torso moreno y le mordí la barbilla y los labios. Saboreé la sal en su lengua y por supuesto me excité. Quería que me volviera a hacer el amor en el agua esta vez con toda la playa mirándonos, me colgaría de entre sus piernas y echaría la cabeza hacia atrás y el mar iba a dictar sus arremetidas. Mojada como estaba, me zafé las tiras de la tanga, pero me susurró al oído:

—Ahora no. Solo escucha el mar. Te está tratando de decir algo...

No quería escuchar nada, quería correrme pero me hizo cerrar los ojos, y entonces comencé a oír el estallar de las olas en la orilla.

—Siéntelo todo ahora. Este instante es sagrado. Es eterno. — Balbuceó.

Le miré y sus ojos eran como dos túneles profundos hacia Dios sabe dónde. Traté de bromear pero tenía ese sosiego aplomado, ese talante salvajemente imperturbable que yo había sentido antes. “Confía en él” me vino a la mente. Cerré los ojos, y comencé a sentir poco a poco como el sol calentaba mi rostro, y como el mar me acariciaba la piel. Algo en mi cuerpo se relajó y empezó a dejarse ir como si estuviera zafando un nudo que se había atado entre mis emociones. Todas las tensiones se diluyeron. ¿Qué tenía este hombre que me hacía sentir así? ¿Por qué confiaba en él tan plenamente? Me eché hacia atrás como había planeado y comencé a flotar, mientras la mano de Santiago me aguantaba por la espalda como a una niña.

Me sostenía con seguridad.

—Déjate ir. —Dijo, y su voz sonó más dulce que nunca.

Me vinieron imágenes de las manos de mi padre, de cómo yo me aguantaba a su dedo meñique cuando cruzábamos la calle para ir al parque. Entonces sentí la sensación remota de estar segura. La conocía bien. Era como estar segura de que nada podía hacerme daño porque yo era parte de todo. Como si estuviera cosida al tejido de la realidad y nada jamás pudiera lastimarme. Se me inflaban los pulmones y mi cuerpo subía un poco más a la superficie, y cuando exhalaba sentía que me hundía. Entonces empecé a sentir un estruendo adentro y era un inmenso silencio. Los segundos empezaron a demorarse. Eran como horas y empecé a sentir que quizá no existía yo. Yo era una ilusión. Al universo no le importaba yo porque yo era él y él era yo. De alguna forma me había convertido en el sol que me tocaba, en el graznido de una gaviota, en un simple grano de arena. Pronto su mano me soltó y el placer más puro que hubiera sentido jamás, un éxtasis más fuerte que un orgasmo, me explotó en el pecho y me fue arrastrando más y más lejos al compás de las olas.

Capítulo 22

Después de la playa fuimos a comer a un TGI Fridays. Casi no había nadie y nos sentamos en una de las mesas de atrás. Pedí unas costillas a la barbacoa con patatas porque la experiencia en el mar me había causado un hambre tremenda. Me mojé los labios de salsa y le acerqué los labios para que la probara. Cuando se acercó le embadurné la nariz y comenzó a reírse.

Entonces le espeté a boca jarro:

—Quiero dormir entre tus brazos esta noche. Y no voy a aceptar que me digas que no.

Me miró muy serio y asintió. El corazón me latía a mil por minuto. Lo tenía enredado. Finalmente había establecido un lazo indestructible. El ya era mío para siempre.

Manejamos hacia un hotelito cercano. Era una casa de madera con sillones en el portal y un patio lleno de arecas, hamacas y tablas de surf. Santiago rentó una habitación con una cama King, donde entraba mucha luz y había pecesitos y pulpos estampados en las paredes. Los muebles eran de mimbre y las cortinas pintadas con helechos y malangas. Nos bañamos riendo bajo la ducha. Yo traté de enjabonarle la espalda pero me dijo:

—¡Así no, frótame fuerte como a un auto deportivo! —

Y nos matamos de la risa.

Luego nos vestimos y nos fuimos a la discoteca Mangos. Aquello estaba hasta el tope. Había una banda en vivo y las bailarinas del lugar, vestidas con esos monos de licra spandex estampados de serpientes y piel de jaguar, meneaban sus enormes culos trepadas sobre las mesas. “Te gusta estar arriba de lo mal hecho...” vociferaban las bocinas y a mí los tres margaritas que tenía arriba me hacían sentir poseída por aquella atmósfera liviana, tropical. Él miraba a una de las bailarinas y le pregunté si le gustaban nalgonas así. Me respondió:

—Ese culo enorme lo que me hace sentir es terror.

—¿Por qué? — Le pregunté.

—No sabría que hacer con él si lo tuviera en mis manos. Creo que me tragaría como la ballena a Pinocho.

Hasta las babas se me salieron de la risa. La noche era una burbuja y Santiago era el centro. Todo lo demás quedaba fuera de foco, y el cielito estaba despejado. Traté de enseñarle a bailar salsa pero el pobre no podía poner un pie tras otro. Los gallegos no saben de eso y yo casi me meo tratando que siguiera el tres por dos de la timba de David Calzado y su Charanga. Cuando nos cansamos de bailar, nos fuimos al hotel, nos quitamos la ropa y nos metimos en la cama.

Esa noche bajo el sonido de la lluvia y el olor a sábanas nuevas, hicimos el amor lentamente. Yo me vine varias veces encima de él, bajo la luz de la luna que entraba por las ventanas abiertas y oyendo el cantar de los grillos. Algunas cosas son demasiado íntimas para contarlas y dudo que alguien pueda imaginarse lo que llegué a sentir por ese hombre esa noche. Solo diré que fue la noche más bella de mi vida y que mientras yo gemía él me besaba los párpados y me decía al oído:

“Eres mía Camila, y yo soy tuyo. De nadie más”.

Capítulo 23

El lunes los dos llegamos a la iglesia bronceados y sonrientes.

El domingo también lo habíamos pasado en la playa. Santiago rentó un catamarán y nos encallamos en un lejano banco de arena donde nos pusimos a hacer cabriolas y a improvisar una danza disparatada. Después almorzamos y regresamos al condado de Broward al atardecer.

Milagros por supuesto me trató muy seca, pero ni se atrevió a chistar. Como a las doce del día llegó una parejita que quería casarse y tuve que hacerle fotocopias a sus licencias y partidas de bautismo. Ya habían hecho el curso prematrimonial y se veían muy enamorados dándose besitos en las manos y con las miradas muy empalagosas. Ella era una morenita de Belice, con el cabello crespo, los ojos claros y una sonrisa simpática. Él era blanco como un conejo, flaco, trabajaba en algo de la bolsa y era originalmente de Connecticut. Traían un bebé de lo más gracioso, un mulatito babeante en un cochecito y no sé por qué eso me causó mucha nostalgia.

Mientras hacía copias me imaginé teniendo una familia con Santi. Nos imaginé escondidos, viviendo juntos en el apartamento. Yo lo redecoraría. Botaría todos esos cuadros de santos viejos, y pondría cosas modernas y girasoles de Van Gogh. Vivir juntos no sería difícil, solamente teníamos que coordinar nuestras salidas. Yo saldría antes que él, para llegar a la iglesia antes. Él solo tenía que salir quince minutos después y nadie se enteraría. Si eso era demasiado peligroso podríamos limpiar el apartamento de abajo, remodelarlo y yo me mudaría allí. Seríamos vecinos y amantes. Trabajaríamos juntos y de vez en cuando nos iríamos de vacaciones en un crucero. Tendríamos un bebé rollizo y de ojos verdes y lo llevaríamos a la playa para que corriera y se asustara cuando las olas le abrazaran los piecitos, y pasearíamos los tres por los parques llenos de mariposas agarrados de la mano.

Me pasé gran parte del día, conversando con la parejita y me esmeré llenando su expediente matrimonial hasta las cinco y media. Se habían conocido por una red social, y habían tenido que mudarse a la Florida porque la familia de él no soportaba su relación interracial. Yo estaba viviendo una historia más o menos parecida y traté de darles animo. A las seis regresé al departamento de Gustavo.

Cuando iba subiendo sola por el elevador rompí a llorar. Lloré como nunca, como si me hubieran metido el alma en la licuadora. Lloré por todo, por mi vida, por haber dejado la escuela, por mi hermano, por mi madre, y por ese bebé de ojos verdes que yo amaba con locura pero que

solo existía en mi imaginación. Lloré por todo. Lloré hasta que mi pecho aguantó.

Capítulo 24

Por un par de días, trabajamos juntos en los ensayos de la boda. Santiago oficiaba y Juan y yo le decíamos al cortejo dónde pararse. A veces cruzaba la mirada con la de él, y me sonreía preguntándome cómo podía mantenerse tan serio.

Una noche, nos escapamos a un cine alejado de la iglesia. Era uno de esos AMC repletos de pendejos fans de películas de superhéroes. El chico de los boletos nos cortó el ticket y lo felicitó por tener "una hija tan bonita". Yo me reí demasiado. Seguro todos pensaban eso, porque teníamos el mismo prototipo, alto y delgado. Ya sentados en la oscuridad del cine nos agarramos las manos y nos besamos. Todo iba bien, y pensé que era el momento ideal. —Quiero vivir contigo. —Dije, quizá a quemarropa.

Se quedó callado y no podía verlo bien porque en ese momento habían apagado las luces. Cuando salió el primer comercial vi en un flash que se había puesto muy serio. No quería responder pero yo soy como un tren, una vez que empiezo ya no puedo parar aunque quiera.

—Hay iglesias que dejan a los curas tener esposas. A lo mejor te puedes mudar para una de esas. Incómodo, miró hacia atrás, para ver si alguien nos estaba oyendo.

—No tienes que renunciar a Dios...All fin y al cabo, un profeta, que no me acuerdo quien era en la Biblia, dice que el Altísimo no habita en casas construidas por la mano del hombre y...

—Sé lo que dijo el profeta, Camila.

Estaba molesto, y como mi papá, cuando estaba molesto usaba mi nombre.

—Llevo diez años como sacerdote Católico. ¡No es como mudarse de casa!

Su tono golpeado me molestó pero por primera vez en mi vida decidí no forzar las cosas y quedarme callada. No me iba a poner a gritar en el cine. Soy mujer y conozco nuestras destrezas. Solo toma sexo y perseverancia para convencer a un hombre de cualquier cosa.

Capítulo 25

Ya para el miércoles estuvo muy ocupado porque el sábado se iba a celebrar la boda.

Después de que la familia y miembros del cortejo nupcial se fueron, se quedó a conversar con los chicos en la Sacristía. Yo estaba en la oficina y Milagros me dijo que fuera a buscar el libro del registro parroquial. Caminé hacia la iglesia y me pareció ver el sedán azul de la parejita saliendo del estacionamiento.

La iglesia estaba a oscuras, y llegué a la puerta de la Sacristía. Tenía una de esas puertas viejas y la manija no se cerraba del todo. Pensé en recordarle a Milagros que había que arreglarla. Laforcé con el hombro y entré. Entonces los vi.

Santiago le había puesto una pierna sobre uno de los bancos, y ella tenía las manos contra el armario de las sotanas. Se la estaba follando por detrás y tuve que verle a ella el rosado chillón que tienen las prietas en el coño y los vellitos encaracolados. Casi me tapo los ojos del asco, pero me revolvió el estómago que el hijo de puta le tenía una mano puesta sobre la boca para que nadie la oyera gemir. A mí me había hecho lo mismo, en varias ocasiones. Al parecer le excitaba verme sobresaltada, ahogándome, retorciéndome y gimiendo mientras me halaba el pelo. A veces también me tapaba los ojos, cosa que convertía el sexo en una experiencia sensorial alucinante.

Por supuesto, no había rastros del americano ni del bebé, y me imaginé que le había dicho que necesitaba hablar a solas con la novia. Los americanos son muy inocentes, y ese flaco tonto jamás se hubiera imaginado que Santiago se iba a follar a su pareja días antes de su gran boda. Pobre Iluso.

Cuando entré, le sacó la polla y se quedó mirándome fijo. Esta vez no pude quedarme callada.

—¿Para qué cojones me dijiste que querías estar solamente conmigo?

No me contestó, y bajó la mirada. Creo que hasta el rabo se le encogió y casi se le escondió como un caracol. Juro que me dieron unas ganas insoportables de escupirle la cara.

—Te hubiera soportado cualquier cosa. Te hubiera compartido con las que fuera. Pero si hay algo que odio es la mentira.

La chiquita había empezado a llorar y a disculparse, histérica.

—Oh my god, please my family...Please, don't say anything, please!

Le dije en español que no se preocupara, que no había visto nada, que solo estaba allí para buscar el puto registro. Lo agarré y me di la vuelta. Le llevé el libro a Milagros, agarré mi cartera y me fui para no volver.

Capítulo 26

Pasaron tres semanas.

El teléfono no paraba de repicar y esta vez no era él. Era el teléfono de Juan. Sonó tantas veces que finalmente tuve que contestar. Anduvo por las ramas un rato preguntándome como estaba y finalmente me dijo:

—El padre Alcázar tuvo un accidente y está hospitalizado...

—¿Qué le pasó? —Pregunté aterrada.

—No sé... Milagros es la que sabe.

Parecía renuente a contestar mis preguntas.

—Dame la dirección exacta, ¡Voy para allá!

Se demoró un tiempo, pero lo hizo. Se portó como un hombrecito. Con la voz temblorosa, me advirtió:

—Camila, ellos lo saben todo. No sé si deberías venir...

—¿Quiénes ellos? -

Oí una distorsión. Había puesto la mano en el auricular y hablaba con alguien. Cuando terminó me dijo apresuradamente.

—Te mando la dirección por texto.

Y me colgó.

Corrí como una loca. Corrí con el corazón en la boca, llevándome luces rojas y cuando llegué al hospital, dejé el auto de Gustavo frente a un hidrante de agua. Si lo remolcaban me daba igual. Salí como una tromba del elevador y busqué la habitación en el ala de cuidados intensivos. Allí estaba Milagros rezando como una demente en una silla y Juan parado, mirando la televisión. Santiago tenía unos tubos azules metidos en la boca y los ojos cerrados. Pensé que se moriría.

—¿Qué le pasó?

No pude mantener el personaje y se me saltaron las lágrimas. Pensé que no lo iba a ver más nunca y era el amor de mi vida. Milagros me agarró del brazo y me sacó afuera. Me trataba como a una niña, yo aterrada y

ella calmándome:

—¡Tranquilízate hija, que ya está estable! ¡No se va a morir!

Entre mocos le pregunté qué había pasado.

—Se tomó un pomo de pastillas para dormir. No es la primera vez...

De pronto me vinieron a la mente los frascos de píldoras que había visto en el secreter antiguo, aquel día en que me metí en su apartamento.

—¿Me estás diciendo que se quería matar? Yo vi unas pastillas en su mesa...—Gritaba.

Me agarró por el brazo con esas manos disecadas de vieja y me llevó a una salita de espera.

—¡Oye, ustedes los jóvenes son porfiados y se creen que se las saben todas!

Me tocó la sien con uno de sus dedos huesudos.

—Mi amor, Santiago es un adicto sexual diagnosticado. Esas pastillas que tú viste probablemente son las que le mandó el psiquiatra para controlar su enfermedad. Ya ha pasado que no se las toma porque dice que lo atontan y entonces cae en estos estados de depresión... ¡Ya van dos veces que ha querido suicidarse! —Se persignó.

Me habían quitado el suelo de debajo de los pies. Santiago y yo teníamos una conexión especial. Esto no podía estar pasando.

—Tú eres muy inocente. ¿Tú piensas que eres la única muchachita con la que Santiago ha fornicado? ¡No hija no! Él tiene tres y cuatro al día mi vida...

No sé por qué pero pensé en mi hermano en fila india con los otros cinco repitiendo la frase "El dinero de la caja o te mato".

—¿Tú piensas que nosotros no estamos al tanto de todo? Aquí hay cámaras en todos lados mi vida. El mismo día que Juancito te vio subiendo a su apartamento... Y luego entrando a la iglesia... ¿De dónde tú crees que Santiago regresaba?

Me asaltó la duda. Recordé que la primera vez que me le metí en el apartamento, lucía muy cansado.

—¡Se estaba acostando con la mamá de los mellizos, que tiene sesenta y pico de años, hija! ¡Se ha acostado con casi todas las parroquianas, las

mamás de los niños, con prostitutas...! ¡Ese hombre se acuesta con cualquiera! ¡Te lo estoy tratando de decir hace rato, pero no te entra!

Pensé que me caería. Se me aflojaron las piernas. Algo me bajó y el cuarto y aquellas sillas con cojines verdes comenzaron a girar. No me sentía la cara. Me sentí nada.

Nada.

—Y déjame decirte algo. Procura no estar aquí cuando llegue el Reverendo Arias. ¡Porque te va a llamar a la Policía! ¡Él ya lo sabe todo! ¡Alguien se lo contó y no fui yo!

Ya casi no la escuchaba, era solo un aullido lejano. Me metí de cabeza en una nube despintada. Ella podía decir lo que quisiera pero yo sabía que él se había tratado de matar por mí. Todo perdió el color, las manos se me helaron, me sentí desnuda y traté de no escuchar, de no sentir más nada.

Capítulo 27

Milagros tenía razón. Monseñor Arias me hizo la vida imposible los quince días que Santiago estuvo en estado de coma. Primero me acusó con el personal médico, alegando que yo no era familia del paciente, o sea que no tenía por qué estar allí. La cara se le ponía roja como un tomate, con un fervor insólito, como si yo fuera el peor enemigo de Dios. Me prohibieron entrar a ver a Santiago hasta que una noche me ligué a uno de los de seguridad y lo convencí para que me dejara pasar a verle diez míseros minutos. Por supuesto el chiquito esperaba algo a cambio, y le dije:

—En diez minutos estoy aquí y vas a gozar como nunca.

Me dio su Identificación y subí por la escalera cagada de que alguien me fuera a encontrar. Casi todo estaba apagado en I.C.U, pero aún estaban los enfermeros de guardia. Esperé pacientemente hasta que todos estuvieran ocupados y en puntillas llegué a su cuarto. Cuando iba a entrar noté por la luz encendida que había alguien adentro. Se veía por las ventanas que la persona vestía una camisa negra y parecía descansar sobre el vientre de Santiago.

Dudé por un momento, porque quienquiera que fuese me podía delatar y entonces no podría entrar más, pero un movimiento de su cabeza hizo que mi estómago saltara y abrí la puerta como una tromba.

Era el monseñor Arias y en la mano tenía el miembro dormido de mi novio.

Trató de defenderse pero mi furia era tal que me lancé contra él de cabeza rompiéndole los espejuelos y arañándole la cara. El viejo gritaba como una mujer.

—¡Auxilio! ¡Seguridad! —Mientras yo trataba de sacarle los ojos con los dedos.

Después de unos segundos que parecieron horas, llegó seguridad y me sacaron arrastrándome. Por supuesto Arias les dijo que yo era una demente, que hacía rato los acosaba a todos ellos. Supuestamente yo estaba obsesionada con el padre Alcázar y él solo había venido a velar por su amigo. Era prácticamente su tutor, como una figura paterna para Santi.

Gritar que era un hijo de perra maricón asqueroso, solo consiguió que me sacaran del hospital más rápido para que no despertara a todos los

enfermos.

Luego, como era de esperarse llegó la policía. Me arrestaron por agresión y me hubieran dejado ir si no me hubiera puesto a escupirles y no me hubiera meado en el asiento de atrás. Me llevaron a la cárcel de Broward County, donde me metieron en una pecera con todas las putas y las delincuentes de la ciudad. Al día siguiente fui frente a un juez, que me puso una fianza de dos mil dólares, y me dejó salir con un "misdemeanor", porque yo tenía limpio el expediente. Gustavo pagó la fianza y me recogió. Como siempre se portó como un rey, calmándome y dándome consejos. Un día después no me pasaban las llamadas al cuarto y ni Juan ni Milagros me respondían.

No sabía qué hacer. Decidí ir a la prensa, diría que Santi y yo éramos novios. De esa forma tendrían que dejarme verle. Cuando se despertara lo dejarían venir conmigo. Además, de paso esto le jodería la existencia al hijo de puta de Arias.

Llamé al noticiero local y les conté esta misma historia pero nunca me hicieron caso. Seguro pensaron que estaba loca. Cuando ya no sabía qué otra cosa intentar y me estaba volviendo loca de verdad, me sonó el teléfono. Era un número desconocido. Respondí y era Ariel, el agente de seguridad que me había dejado entrar al hospital. No dio muchas vueltas, este era un cubano lanzado, de esos que hablan rápido porque son de la calle. Me dijo que Arias había hecho que movieran a Santiago de cuarto y que no me podía decir dónde estaba ahora. De todas maneras no podría pasar, insistió. El departamento de policía había mandado la foto de mi arresto al gerente de Seguridad del hospital y todos los guardias de turno la tenían. Necesitaba algo importante por eso me había llamado.

—Me hace falta el I.D que te presté, porque si lo encuentran por ahí, voy a perder mi trabajo.

Yo no tenía idea en donde lo había dejado. Probablemente se me había caído en la bronca o cuando me subieron a la fuerza a la patrulla. No tenía el menor interés en hablar de eso, y en realidad me importaba un carajo si perdía su trabajo o no. Ya le iba a colgar el teléfono, pero era rápido y se tiró.

—Mami, yo sé lo que tú viste. Yo vi eso mismo la semana pasada.

Sobresaltada, me agarré al teléfono con las dos manos.

—¿Qué viste? —Estaba fuera de mí.

Era una cáscara, me veía demacrada y había hasta bajado de peso.

La voz de Ariel se oía bajita.

—No puedo hablar mucho porque el Sargento está cerca...pero tengo fotos. Si quieres, encuéntrame a la doce, en el último piso del estacionamiento del edificio H. Sin más me colgó.

Llamé varias veces al número pero no me respondió.

Capítulo 28

Gustavo me llevó al último piso del estacionamiento, se estacionó y apagó las luces. No quería dejarme sola de noche allí con ese tipo al que yo ni conocía.

Llamé a Ariel, y me dijo que estaba en camino. Cuando llegó pude observarlo bien. Era demasiado fornido para mi gusto, tostado por el sol y de ojos negros. Tenía un tatuaje tribal en un antebrazo y a sus veinticinco ya se estaba quedando calvo. Llevaba el arma al cinto, y caminaba con demasiada confianza. Calculé que era uno de esos tipos rudos, de los que nacen para policía y se enredan a puñetazos con cualquiera. Miró a los lados y me preguntó quién era el tipo que estaba en el auto. Le dije que era un amigo mío, que no se preocupara. Me agarró del brazo, me llevó a una esquina y sacó su teléfono del bolsillo.

—Hago las rondas y a veces paso por el I.C.U a ver a una socita mía...
—Me guiñó el ojo sonriendo.

Probablemente era una enfermera. Las enfermeras casi siempre son putas, porque viven la vida demasiado cerca de la muerte.

—El miércoles de la semana pasada pasé, y vi al viejo este aprovechando que el otro estaba dormido. No dije nada porque no se supone que yo ande por ahí a esa hora, pero pensé en ponerlo en Facebook nada más para joder a este...

Me mostró el teléfono y había dos fotos del Monseñor Arias con el rabo de Santiago en la mano. En una tenía la boca abierta. El corazón se me puso a mil. Empecé a tocarme la cara y a enredarme furiosamente la trenza.

Él permaneció impassible y sospeché por donde venía. —Mira, esto no es problema mío, si quieres yo te mando las fotos y tú sabrás que hacer con ellas...

Esas fotos eran mi salvación. Mi ticket para volver a ver a Santiago. Con pruebas como estas el reverendo Arias no iba a poder impedírmelo.

Sabía cuál iba a ser la próxima frase. —Pero te van a costar lo que me prometiste.

Me miró esbozando una sonrisa desvergonzada. Asentí sin mirarlo.

Caminé hasta el auto de Gustavo y le dije: —Vengo en media hora.

Él me miró asustado. Agarré de la mano a Ariel y me lo llevé a la escalera de servicio. Había calculado mal. Era un animal y le tomó una hora y

media.

...Continuará...

Capítulo 29